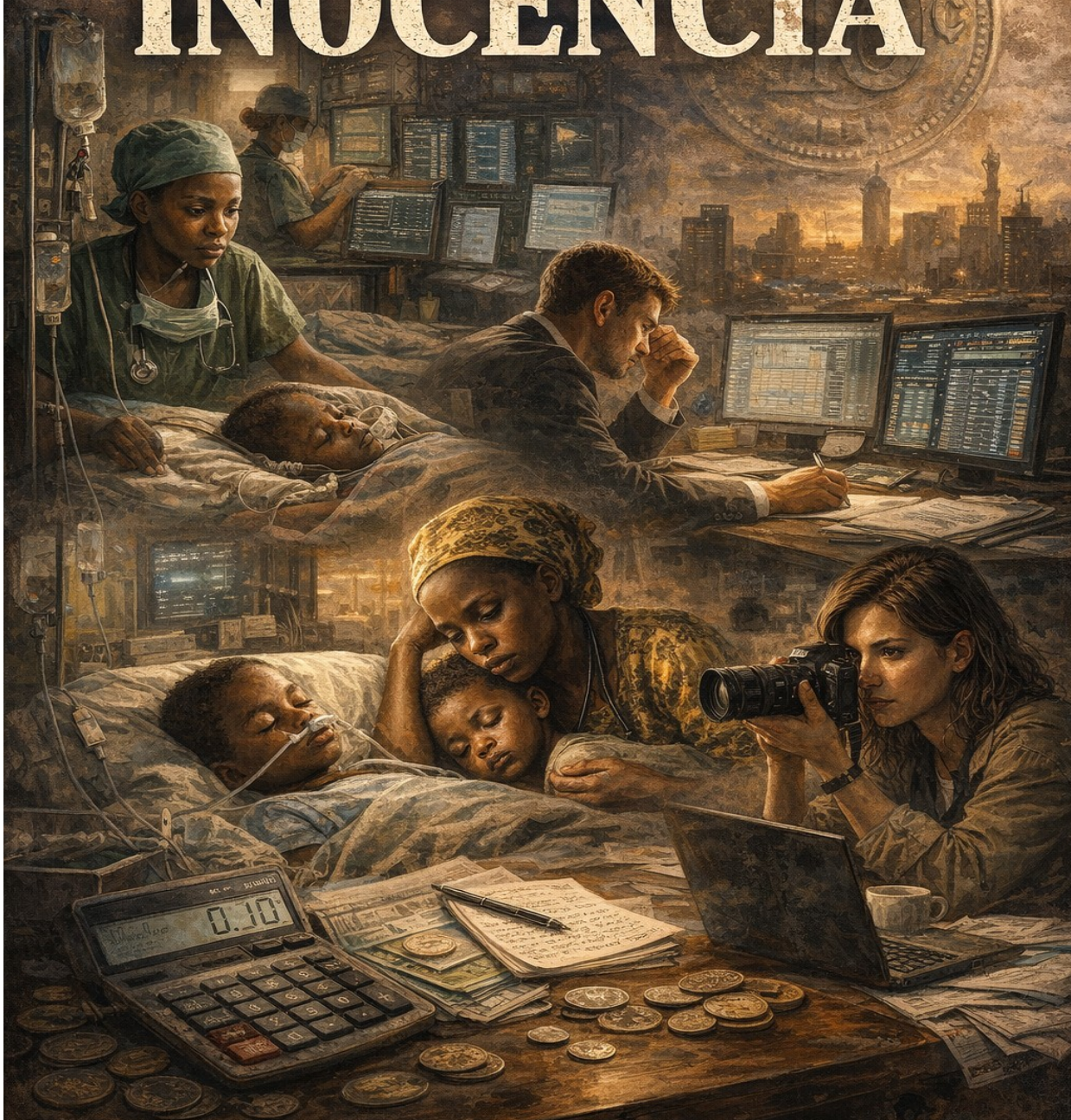


LA TASA DE LA INOCENCIA



SALVADOR RANGEL ABUD

LA TASA DE LA INOCENCIA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En el corazón del sistema financiero global, donde setecientas treinta millones de cuentas procesan billones de dólares cada noche, hay un lugar donde los decimales se redondean y nadie mira. Jeremiah Prentis Cott, ingeniero de sistemas formado en el MIT y en la Universidad de Tsinghua, encontró ese lugar y decidió hacer algo que ningún ladrón había hecho antes: robar lo que nadie extraña para construir lo que todos necesitan.

La tasa de la inocencia es la historia de un hombre que infecta el núcleo del banco más grande del mundo con un programa invisible —el Ghost Ledger— que extrae diez centavos de dólar por cuenta cada mes y los convierte en hospitales, cirugías y sistemas de agua potable en el África subsahariana. No es la historia de un héroe ni de un villano. Es la historia de alguien que hizo el cálculo y decidió que la matemática de la injusticia podía funcionar también al revés.

Frente a él, un auditor de la vieja escuela en Shanghái que no confía en los algoritmos y que escribe en papel cuadriculado. Una periodista en Ginebra que huele el dinero misterioso antes de saber qué es. Una niña de ocho años en Kinshasa con un corazón nuevo. Y un sistema bancario que, cuando finalmente descubre lo que ocurrió, tiene razones propias para no decir toda la verdad.

La línea entre el crimen y la justicia se desvanece en una fracción de centavo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene operaciones de intrusión informática descritas con verosimilitud técnica, dilemas éticos sin resolución cómoda, una filantropía financiada con dinero robado, una investigación bancaria que termina en acuerdo y no en justicia, y personajes que hacen cosas incorrectas por razones que el lector encontrará difíciles de desestimar del todo. No es una novela sobre el bien y el mal. Es una novela sobre el cálculo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La tasa de la inocencia

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller de intriga / Novela de suspenso moral / Ficción financiera

Extensión: ~32,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Londres, Shanghái, Kinshasa, Maiduguri, Ginebra, Estambul, Ámsterdam, Bogotá

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta técnica que se volvió filosófica: ¿qué ocurre con los decimales que el sistema descarta? La respuesta matemática es trivial. La respuesta ética no lo es. Jeremiah Prentis Cott no es una fantasía: la vulnerabilidad que explota existe, el mecanismo que construye es verosímil, y la escala de lo que produce con él es, en términos relativos, modesta frente a lo que el sistema financiero global mueve cada noche sin que nadie lo note. Lo que esta novela pregunta no es si el robo ocurrió. Pregunta si lo que se hizo con él cambia algo. Y deja al lector con esa incomodidad, que es el único lugar honesto donde una historia así puede terminar.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

thriller financiero · ciberseguridad · hackeo bancario · filantropía · ética · suspenso · ICBC · Londres · África · sistema bancario · Ghost Ledger · novela moral · intriga · redondeo · injusticia · novela en español

TEMAS PRINCIPALES

La tasa de la inocencia no trata sobre tecnología sino sobre el precio de la conciencia. A lo largo de sus doce capítulos explora la inequidad en la

distribución de la riqueza global como motor narrativo y no como telón de fondo, la legitimidad del fin cuando el medio es ilegítimo, la invisibilidad como estrategia y como condena, el sistema bancario como organismo que miente para sobrevivir, y la filantropía como acto político antes que humanitario. Sus personajes no son buenos ni malos: son personas que calculan, y el lector es invitado a hacer el mismo cálculo con la información que ellos tienen, que nunca es toda la información.

CITAS DESTACADAS

"No estoy robando. Estoy cobrando una tasa de administración por la ineficiencia de sus algoritmos."

"El silencio de un número es exactamente tan importante como lo que dice."

"Hay personas que construyen cosas para que nadie sepa que fueron ellas. Y eso también es una forma válida de hacer las cosas."

"El sistema tiene un dueño. Y el dueño tiene un corazón."

"El dinero no regresó. Los hospitales siguen en pie."

"Todas ellas auditadas. Todas ellas correctas. Todas ellas redondeadas hacia abajo."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *La tasa de la inocencia* un territorio narrativo cercano, con la tensión moral y el rigor técnico que le son propios.

John le Carré (*El topo*, *El espía que surgió del frío*): la intriga construida desde adentro del sistema, donde el antagonista y el protagonista comparten más de lo que los separa, y donde la victoria es siempre parcial y costosa.

Frederick Forsyth (*El día del Chacal*): el thriller de precisión técnica donde el placer narrativo está en la arquitectura del plan tanto como en su ejecución, y donde la empatía por quien hace algo incorrecto es parte del diseño.

Daniel Defoe (*Moll Flanders*): la ambigüedad moral del personaje que transgrede las normas de una sociedad que él mismo considera injusta, y que deja al lector sin el consuelo de un juicio definitivo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Jeremiah extrae diez centavos por cuenta cada mes: una cantidad que ningún titular nota jamás. ¿Cambia eso la naturaleza moral del acto? ¿Es diferente robar lo que nadie extraña a robar lo que alguien necesita?

El banco descubre el hackeo y decide reportar una cifra que es un quinto de la real para proteger la confianza de sus clientes. ¿Quién miente más en esta novela: Jeremiah o el banco?

Prabath Weerasinghe encuentra a Jeremiah pero no lo detiene directamente. ¿Qué dice esa omisión sobre el personaje? ¿Es complicidad, prudencia o algo más difícil de nombrar?

Auduru Agwayo tiene doce años al final de la novela y quiere ser cardióloga. Su corazón fue financiado con dinero robado. ¿Tiene ella alguna responsabilidad sobre ese origen? ¿La tiene su madre, que aceptó la ayuda?

La última línea de la novela dice que el sistema sigue redondeando hacia abajo. ¿Es eso una amenaza, una promesa o simplemente una descripción?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). La tasa de la inocencia. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. La tasa de la inocencia. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. La tasa de la inocencia. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ficción especulativa de denuncia política y —como demuestra esta entrega— el thriller financiero de suspenso moral.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

El sistema bancario global procesa cada noche más de dos billones de transacciones. Todas ellas se redondean. Nadie pregunta a dónde van los decimales descartados. Esta novela pregunta qué pasaría si alguien lo decidiera.

La respuesta no es cómoda. Tampoco pretende serlo. Lo que sí pretende es que el lector cierre la última página sin saber exactamente cómo sentirse, que es el único estado mental desde el que una pregunta verdaderamente difícil puede seguir trabajando después de que el libro termina.

Jeremiah Prentis Cott hizo el cálculo. El lector tiene ahora los mismos datos que él tenía.

La decisión es suya.

ÍNDICE

Prólogo:	El peso de los centavos
Capítulo 1:	Lagos-01
Capítulo 2:	El proveedor
Capítulo 3:	El libro mayor fantasma
Capítulo 4:	El auditor que no confía en los algoritmos
Capítulo 5:	Las otras manos en el sistema
Capítulo 6:	Auduru
Capítulo 7:	La periodista
Capítulo 8:	Calor
Capítulo 9:	El error que no fue un error
Capítulo 10:	El precio de la transparencia
Capítulo 11:	La geometría del quiebre
Capítulo 12:	La tasa final
Epílogo:	Auduru, doce años

PRÓLOGO

El peso de los centavos

Kinshasa, República Democrática del Congo. Hospital General de Référence de Kinshasa. 14 de marzo de 2023. 03:17 horas.

La sala de quirófano número tres llevaba encendida nueve horas.

La cirujana jefe, la doctora Amara Diallo, no había levantado los ojos del campo operatorio desde las seis de la tarde anterior. Tenía cuarenta y dos años, manos largas y una concentración que sus residentes describían, en voz baja, como algo cercano a la crueldad. No era crueldad. Era el tipo de atención que solo se desarrolla cuando uno ha perdido a un paciente por causas que no tenían nada que ver con la medicina: por falta de luz, por falta de sangre compatible, por falta de un generador que funcionara a las dos de la madrugada.

El Hospital General de Référence de Kinshasa tenía generador desde hacía dieciocho meses.

Eso era nuevo.

A la izquierda de la doctora Diallo, el anestesiólogo monitoreaba con parsimonia profesional las constantes de la paciente. A su derecha, la instrumentista colocaba sin que nadie se lo pidiera cada pieza en el orden exacto en que iba a ser solicitada. Tres enfermeras completaban el perímetro estéril con la sincronía silenciosa de quienes llevan años trabajando juntas, que es la única forma en que ese tipo de sincronía existe.

En la mesa, cubierta hasta el cuello por campos quirúrgicos azules, una niña de ocho años llamada Auduru Agwayo dormía el sueño artificial de la anestesia general mientras le abrían el pecho por segunda vez en su corta vida.

El corazón que latía ahora dentro de ella no era el suyo.

Había llegado desde Nairobi en una caja de poliestireno con hielo seco, en el compartimento de carga de un vuelo comercial que aterrizó con cuarenta minutos de retraso. Esos cuarenta minutos habían envejecido visiblemente a la coordinadora de trasplantes, que los pasó de pie junto a la puerta de llegadas internacionales con el teléfono en la mano y la mirada fija en el panel de vuelos. Cuando el órgano cruzó por fin las puertas de la aduana, ella exhaló un sonido que no era exactamente un suspiro. Era algo más antiguo.

La operación llevaba nueve horas porque nueve horas era el tiempo que tomaba hacer aquello bien.

La doctora Diallo no pensaba en nada que no fuera el campo operatorio. Ese era su método y también su disciplina: mientras sus manos trabajaban, su mente no tenía pasado ni futuro. Solo tejido, hilo, tiempo. Cuando alguien nuevo llegaba a su equipo y le preguntaba en qué pensaba durante una intervención larga, ella respondía siempre lo mismo: en lo que estoy viendo. La pregunta no volvía a hacerse.

Afuera, en la sala de espera del segundo piso, la madre de Auduru llevaba despierta desde las seis de la tarde anterior. Se llamaba Esperance. Tenía treinta y un años y una fe que no dependía de ninguna institución religiosa en particular, sino de algo más difuso y más resistente que cualquier doctrina. Cada dos horas, una enfermera salía a informarle que todo seguía dentro de lo previsto. Esperance asentía. Pedía permiso para usar el baño. Regresaba a su silla. Bebía el café que alguien —nunca supo quién— dejaba cada cierto tiempo sobre la mesa baja frente a ella.

El hospital olía a desinfectante y a algo que no era exactamente esperanza pero se le parecía bastante.

A las tres y diecisiete minutos de la madrugada, la doctora Diallo dio la última instrucción de la noche. La instrumentista retiró el material. El anesthesiólogo comenzó el protocolo de reversión. Las constantes de Auduru en el monitor eran lo que debían ser: imperfectas y vivas, que es la única combinación que importa.

—Bien —dijo la doctora Diallo.

Era la primera palabra que pronunciaba en cuatro horas.

Nadie en esa sala conocía el nombre de la fundación que había financiado el quirófano, el generador, los instrumentos, el transporte del órgano y los salarios del equipo. El tablero digital donde esa información estaba disponible en tiempo real, con fotografías de la construcción y registros contables auditados, existía en algún servidor que ninguno de ellos había visitado jamás. La coordinadora de trasplantes sabía que había una fundación. Sabía que era extranjera. Sabía que pagaba puntual. No sabía nada más, y en su experiencia, no saber nada más era frecuentemente la diferencia entre que las cosas funcionaran y que no funcionaran.

El nombre que aparecía en los contratos era Tasa Cero Foundation.

Nadie había preguntado qué significaba.

En ese mismo instante —las tres y diecisiete de la madrugada en Kinshasa, las dos y diecisiete en Londres— en algún lugar impreciso de la arquitectura invisible que sostiene el sistema financiero global, en el espacio de microsegundos que existe entre el momento en que un algoritmo calcula el interés compuesto de una cuenta y el momento en que registra el resultado redondeado, algo ocurrió. Ocurrió en 730 millones de cuentas de manera simultánea. Ocurrió sin que ningún titular lo notara, porque la cantidad era demasiado pequeña para ser notada y demasiado grande, sumada, para ser inocente.

Diez centavos de dólar.

Por cuenta.

Cada mes.

Nadie en el quirófano número tres del Hospital General de Référence de Kinshasa sabía nada de eso. La doctora Diallo se quitó los guantes. La enfermera instrumentista desmontó el campo. El anestesiólogo anotó en su bitácora la hora de cierre. Afuera, Esperance Agwayo recibió la noticia de que su hija había salido bien y produjo un sonido que la enfermera que se lo comunicó recordaría durante años sin poder describirlo con precisión.

Auduru Agwayo tenía un corazón nuevo.

El mundo tenía setecientos treinta millones de cuentas bancarias con diez centavos menos.

Ninguna de las dos cosas era, en apariencia, noticia.

CAPÍTULO 1

Lagos-01

Londres, Distrito de Tower Hamlets. 12 de septiembre de 2022. 05:43 horas.

La alarma no sonó porque Jeremiah Prentis Cott no usaba alarma.

Se despertó, como cada mañana desde hacía once años, en el momento exacto en que la oscuridad de su habitación comenzaba a perder densidad. No era luz todavía. Era la ausencia de algo, un cambio de presión en el aire o en la conciencia, que su cuerpo interpretaba con una puntualidad que ningún dispositivo habría mejorado.

Abrió los ojos. El techo era blanco y liso. Las 05:43 en el reloj analógico de la pared, el único objeto del departamento que cumplía una función sin ser estrictamente necesario. Se incorporó sin prisa y sin los movimientos torpes que caracterizan el despertar de la mayoría de las personas. Jeremiah no tenía movimientos torpes. Los había eliminado de su repertorio hace tanto tiempo que ya no recordaba haberlos tenido.

El departamento ocupaba el cuarto piso de un edificio de ladrillo rojizo en Whitechapel, a tres minutos caminando de la estación de metro. Lo había

elegido por tres razones que anotó en su momento en una hoja que después destruyó: ubicación anónima, vecinos con alta rotación, propietario que prefería el efectivo y no hacía preguntas. El alquiler lo pagaba a través de una empresa de gestión inmobiliaria que a su vez recibía fondos de una cuenta en Liechtenstein vinculada a una sociedad en las Islas Caimán que nadie había tenido razón para examinar.

La cadena era innecesariamente larga para los ingresos de un consultor independiente de ciberseguridad, que era lo que Jeremiah era en los registros que existían sobre él. Pero Jeremiah no construía cadenas para el presente. Las construía para el momento en que alguien decidiera tirar del hilo.

Fue a la cocina. Puso agua a calentar. Mientras esperaba, limpió con un paño húmedo la superficie de la encimera que ya estaba limpia.

El departamento tenía cuatro habitaciones si se contaba el estudio, que no tenía ventana y que Jeremiah mantenía cerrado con llave incluso cuando estaba solo, que era siempre. En el resto del espacio no había cables visibles, no había polvo acumulado en los ángulos del techo, no había nada sobre las superficies que no tuviera una función precisa y un lugar asignado.

Los visitantes habrían encontrado el lugar perturbador en su orden, pero Jeremiah no recibía visitantes. El orden no era una estética. Era el resultado natural de una mente que no toleraba las variables que no podía controlar, y el desorden doméstico era, en su escala de preocupaciones, una variable perfectamente controlable.

Preparó el té. Lo bebió de pie junto a la ventana que daba a la calle, observando la llegada silenciosa del amanecer sobre los tejados de Whitechapel con la misma atención con que habría observado cualquier sistema en proceso de cambio de estado.

Tenía treinta y dos años y el aspecto de alguien que podría tener entre veinticinco y cuarenta, dependiendo de la luz. Delgado sin ser flaco, con los hombros ligeramente inclinados hacia adelante en la postura característica de quien pasa muchas horas frente a una pantalla y ha dejado de combatirlo. Los anteojos de montura fina y alta graduación le daban una expresión de concentración permanente que algunas personas interpretaban como arrogancia y otras como timidez. No era ninguna de las dos cosas. Era simplemente la cara que tenía cuando pensaba, y Jeremiah pensaba casi todo el tiempo.

Terminó el té. Enjuagó la taza. La colocó en su lugar.

Entonces fue al estudio.

La llave era una llave ordinaria que guardaba en el bolsillo izquierdo del pantalón que llevaba puesto, porque Jeremiah dormía vestido con ropa cómoda que también era ropa de trabajo, una distinción que había eliminado años atrás junto con otras distinciones que le parecían innecesarias. Abrió la puerta. Encendió la luz. Cerró la puerta detrás de él.

El estudio era lo opuesto al resto del departamento en una sola cosa: la densidad. Tres monitores dispuestos en arco sobre un escritorio de acero, una silla ergonómica de gama alta que era el único lujo visible en toda la vivienda, cables ordenados con una precisión que era casi caligráfica, y sobre la superficie izquierda del escritorio, un objeto que habría desconcertado a cualquier observador: una pequeña placa de metal con una superficie ligeramente rugosa, del tamaño aproximado de un teléfono móvil, conectada al sistema principal por un cable que parecía demasiado delgado para la función que cumplía.

Jeremiah se sentó. Posó los dedos sobre la placa de metal.

Y comenzó a tamborilear.

El ritmo era lento al principio, casi irreconocible como melodía. Tres golpes cortos, una pausa, dos largos, otra pausa, uno corto y uno largo en sucesión. Se repetía con variaciones mínimas que no eran errores sino parte del patrón, como ocurre con las melodías que no están escritas sino recordadas. Quien hubiera escuchado aquello desde afuera habría pensado en un hombre nervioso repiqueteando sobre una mesa. No habría pensado en una contraseña. No habría pensado en una llave.

Pero el sistema sí.

El tercer monitor parpadeó una vez y mostró una interfaz sin nombre, sin logotipo, sin ninguno de los elementos visuales que los diseñadores colocan en las pantallas para hacer sentir al usuario que está en el lugar correcto. Solo un cursor parpadeante sobre fondo negro y, junto a él, un número.

El número cambiaba cada vez que Jeremiah lo miraba.

Era el saldo acumulado de lo que él llamaba, en la soledad del estudio sin ventana, la tasa de administración.

Esa mañana el número tenía diez dígitos antes del punto decimal.

Jeremiah lo miró durante aproximadamente cuatro segundos. Luego abrió otro panel y comenzó a trabajar.

Había llegado a eso de manera no lineal, que es como se llega a casi todas las cosas que importan. Sus padres, el doctor Richard Prentis y la doctora Margaret Cott, eran médicos de urgencias con contratos renovables en el grupo Médicos Sin Fronteras. Vivían en Londres, en una casa adosada en Islington que olía permanentemente a café frío y a los maletines de viaje que nunca terminaban de deshacerse del todo porque siempre había una nueva misión en el horizonte. Jeremiah los quería con la mezcla específica de admiración y resentimiento que producen los padres que hacen cosas importantes en lugares lejanos mientras sus hijos crecen en casa con alguien más.

Ese alguien más se llamaba Adika Dwande.

Adika había llegado a la familia Prentis Cott cuando Jeremiah tenía tres años, recomendada por una colega de Margaret que la describió como la persona más confiable que había conocido en su vida. Era ghanesa, tenía entonces

unos cuarenta años, y poseía esa cualidad particular de ciertas personas que consiste en llenar un espacio sin reclamarlo. No era severa ni condescendiente ni excesivamente afectuosa. Era constante, que era exactamente lo que Jeremiah necesitaba en una infancia marcada por las ausencias intermitentes de sus padres.

Le enseñó a preparar el desayuno antes de que aprendiera a atarse los cordones. Le explicó que el orden no era una obligación sino una forma de respeto hacia el propio tiempo. Y cuando Jeremiah no podía dormir, cosa que ocurría con frecuencia en los periodos en que sus padres estaban fuera, Adika se sentaba en el borde de la cama y cantaba en voz baja una melodía que él nunca supo identificar del todo: algo antiguo, de ritmo irregular, con pausas que no seguían ningún compás occidental reconocible.

—¿Qué canción es esa? —le preguntó una noche, tendría unos siete años.

—Una que me cantaba mi abuela —dijo Adika—. Y a ella se la cantaba la suya. No tiene nombre. Las canciones viejas no siempre tienen nombre.

—¿De qué trata?

Adika pensó un momento.

—De que las cosas difíciles también terminan —dijo—. Más o menos.

Jeremiah se quedó con el ritmo porque el ritmo era lo que podía retener. Las palabras estaban en una lengua que no entendía y que nunca aprendió a hablar, pero el patrón de los golpes, las pausas, la secuencia irregular que se repetía con variaciones mínimas, eso sí lo memorizó con la fidelidad involuntaria con que los niños memorizan lo que los hace sentir seguros.

Años después, cuando estaba diseñando el sistema de autenticación para su red y descartó una por una todas las opciones convencionales por ser convencionales, recordó ese ritmo. Una contraseña que no existía en ningún diccionario, que no podía ser descifrada por fuerza bruta porque no era alfanumérica, que no podía ser observada porque era sonido y tacto y no caracteres visibles. Una contraseña que solo existía en la memoria de dos personas, y una de ellas llevaba años sin saber que la otra la seguía usando.

La placa de metal bajo sus dedos era el único lugar del mundo donde ese ritmo tenía consecuencias.

Sus padres murieron en Lagos en abril de 2020.

Estaban allí por el brote. No fue el virus lo que los mató, aunque el virus era la razón de su presencia. Fue la ausencia de dos ventiladores mecánicos en un hospital que atendía a cuatro veces más pacientes de los que podía sostener. La cadena de decisiones que produjo esa escasez concreta era larga y documentada y Jeremiah la reconstruyó con paciencia durante los meses que siguieron, leyendo informes que nadie más leyó con esa atención, trazando el recorrido exacto desde las partidas presupuestarias hasta los almacenes sin equipos hasta la sala donde sus padres murieron con dos días de diferencia.

El fideicomiso llegó meses después. Era suficiente para vivir con cuidado durante mucho tiempo. Jeremiah lo administró con cuidado y siguió estudiando, primero en el MIT y luego en Tsinghua, donde el mandarín y el COBOL llegaron casi al mismo tiempo y por razones distintas pero convergentes: el mandarín porque quería entender el sistema desde adentro, el COBOL porque un profesor mencionó de paso que el núcleo del sistema bancario global funcionaba sobre un lenguaje creado en 1959 que la mayoría de los ingenieros menores de cuarenta años no sabían leer.

Jeremiah lo leyó.

Y encontró, en esa arquitectura antigua que nadie cuestionaba precisamente porque llevaba décadas funcionando, el lugar exacto donde el dinero se redondeaba.

Tardó dos años más en construir lo que esa mañana de septiembre parpadeaba en el tercer monitor de su estudio sin ventana. El Ghost Ledger no era, en sentido estricto, un programa. Era más parecido a un intérprete: algo que vivía entre el hardware y el sistema operativo, en el espacio donde las instrucciones se convierten en electricidad y la electricidad en números, y que respondía a las consultas de auditoría con la cifra correcta, la cifra esperada, la cifra real menos diez centavos por cuenta en el momento exacto del redondeo.

Jeremiah abrió el panel de la fundación. El tablero mostraba en tiempo real los proyectos activos: tres clínicas en construcción, dos programas de cirugía pediátrica, un sistema de agua potable en el norte de Mali. Los números eran verificables. Las fotografías eran reales.

Llevaba tres semanas de operación.

El sistema funcionaba.

Apoyó los dedos sobre la placa de metal una vez más. Tres golpes cortos, una pausa, dos largos. No para autenticarse. Solo por el gesto, por el tacto de la superficie bajo las yemas, por el ritmo que Adika Dwande le cantaba cuando tenía siete años y no podía dormir.

Le puso al programa el nombre que le correspondía.

Lagos-01.

No como homenaje. Como coordenada. La marca en el mapa que señala el lugar donde comenzó el cálculo.

CAPÍTULO 2

El proveedor

Estambul, distrito de Beyoğlu. Londres, sede europea del ICBC. 3 de octubre de 2022.

El café turco llegó sin que Jeremiah lo pidiera.

Era la tercera vez en dos horas que el propietario del local le dejaba una taza pequeña sobre la mesa sin decir nada, como si interpretar el silencio prolongado de un cliente como señal de sed fuera una costumbre del lugar. Quizás lo era. Jeremiah no lo sabía porque era la primera vez que estaba en Estambul y probablemente la última, que era exactamente como planeaba las cosas: una sola vez, sin repetición, sin rastro de hábito.

—Teşekkürler —dijo, agradeciendo sin levantar los ojos de la pantalla.

El propietario, un hombre de unos sesenta años con un bigote meticulosamente recortado y las manos de alguien que ha trabajado con ellas toda la vida, asintió con la cabeza y se retiró sin prisa hacia el mostrador. Era el tipo de establecimiento donde nadie miraba a nadie con demasiada atención, lo cual era parte de la razón por la que Jeremiah lo había elegido entre los once cafés que había examinado esa mañana antes de sentarse en alguno.

El portátil sobre la mesa era un modelo de tres años, comprado dos días antes en efectivo en un mercado de electrónica de segunda mano en el barrio de Karaköy, a un vendedor que preguntó si quería garantía y aceptó sin mayor comentario la respuesta negativa. Sería destruido antes de que terminara la semana. No porque contuviera información comprometedor en ese momento, sino porque Jeremiah no dejaba objetos con historia propia circulando por el mundo más tiempo del necesario.

La conexión iba a través de tres redes distintas, la última de las cuales pertenecía a una empresa de logística turca que no sabía que estaba siendo utilizada para este propósito. Desde fuera, el tráfico era indistinguible del de cualquier consultor internacional revisando documentos de trabajo en un café con wifi aceptable y café razonablemente bueno.

Que era, en términos técnicos estrictos, lo que Jeremiah estaba haciendo. La parte del consultor revisando documentos, al menos.

La empresa se llamaba NovaSec Solutions y tenía sede en Reading, a cuarenta minutos de Londres en tren. Proveía servicios de ciberseguridad a doce instituciones financieras en Europa y Asia, entre ellas la filial europea del ICBC. Su negocio principal eran las actualizaciones de seguridad: parches de software que los bancos clientes instalaban puntualmente porque NovaSec tenía certificaciones, tenía historial limpio, tenía los contratos firmados con cláusulas de responsabilidad que tranquilizaban a los directores de tecnología en sus reuniones trimestrales de riesgo operativo. Era, en el ecosistema de la ciberseguridad financiera, exactamente el tipo de proveedor en el que nadie pensaba dos veces porque precisamente para eso existía: para no requerir que nadie pensara dos veces.

Tenía también, desde hacía exactamente dieciséis días, una vulnerabilidad en su servidor de distribución que nadie en NovaSec había detectado porque nadie en NovaSec estaba buscándola. No por negligencia. Porque la vulnerabilidad no existía cuando instalaron el último ciclo de revisión interna,

y había aparecido dos días después, con la discreción de algo diseñado para no querer ser encontrado.

Jeremiah llevaba dieciséis días dentro del servidor de NovaSec sin haber movido nada, sin haber copiado nada, limitándose a observar con la paciencia que distingue al análisis serio del oportunismo técnico: el ritmo de las actualizaciones, los protocolos de firma digital, los nombres y horarios de los técnicos que aprobaban los parches antes de distribuirlos, los momentos del día en que el sistema de verificación estaba más cargado y por tanto más lento en sus respuestas. Era el trabajo previo. El trabajo que la mayoría de los atacantes no hacía porque requería tiempo, y el tiempo era lo que escaseaba cuando uno operaba con urgencia. Jeremiah no operaba con urgencia. Operaba con un calendario.

El teléfono vibró sobre la mesa. Número desconocido, prefijo británico. Jeremiah lo miró un momento antes de responder.

—Sí.

—¿Es usted el señor Crane? —preguntó una voz de mujer, eficiente y ligeramente impaciente, con el acento del norte de Inglaterra.

—Depende de quién llame.

Una pausa breve, el tipo de pausa que produce la respuesta inesperada en alguien que sigue un guión.

—Soy del departamento de recursos humanos de Albion Consulting. Tenemos su currículum para la posición de analista senior en ciberseguridad. Queríamos confirmar si sigue disponible para una entrevista la próxima semana.

—Me temo que no —dijo Jeremiah—. Acabo de aceptar otra oferta.

—Entiendo. ¿Le importaría decirnos con qué empresa, para nuestros registros?

—Prefiero no hacerlo.

—Por supuesto. ¿Podemos guardar su perfil para futuras oportunidades?

—Prefiero que no.

Una última pausa.

—De acuerdo. Que tenga un buen día, señor Crane.

—Igualmente.

Colgó. Ese currículum, esa identidad, ese número de teléfono dejarían de existir antes del fin de semana. No porque Albion Consulting representara ningún riesgo, sino porque Jeremiah mantenía activas en todo momento entre seis y ocho identidades paralelas en distintos grados de desarrollo y las descartaba con la misma regularidad con que otros descartaban una agenda de papel al final del año. No era paranoia. Era higiene. La diferencia entre ambas cosas era que la paranoia reacciona al miedo y la higiene anticipa el riesgo, y Jeremiah prefería anticipar.

Regresó a la pantalla.

El parche que estaba construyendo esa mañana era, en todos los sentidos técnicos verificables, un parche legítimo. Corregía tres vulnerabilidades reales en el protocolo de autenticación del núcleo bancario, vulnerabilidades que Jeremiah había descubierto genuinamente durante sus meses de análisis y que cualquier auditor competente habría clasificado como críticas. El parche las resolvía de manera efectiva y elegante. Si alguien se tomaba el trabajo de revisarlo línea por línea, que era exactamente lo que los técnicos de NovaSec harían antes de firmarlo digitalmente, encontraría exactamente lo que debía encontrar: código limpio, bien documentado, con comentarios apropiados en los lugares apropiados.

Lo que no encontrarían, a menos que supieran con precisión milimétrica dónde mirar, eran las ciento cuarenta y siete líneas adicionales distribuidas en intervalos irregulares a lo largo de las dieciocho mil líneas del parche completo. Líneas que no hacían nada visible en ninguna circunstancia normal. Líneas que no alteraban ninguna función del sistema. Líneas que simplemente esperaban, silenciosas y perfectamente integradas en el flujo del código circundante, a que llegara la señal que las activaría.

La señal no vendría de afuera. Vendría del propio sistema, en el momento específico en que sus condiciones internas cumplieran ciertos parámetros que Jeremiah había calculado con precisión durante los últimos tres meses.

Bebió el café. Estaba amargo y espeso y no le añadió nada.

El proceso de inserción del código en el servidor de NovaSec tomaría aproximadamente cuarenta minutos, no por la complejidad técnica sino porque Jeremiah lo ejecutaría en intervalos de cuatro minutos con pausas de longitud variable, imitando el patrón de un técnico humano que revisa y corrige y revisa de nuevo. Los sistemas modernos de detección de intrusiones estaban entrenados para identificar la velocidad y la regularidad como señales de automatización, y la automatización era lo primero que buscaban. Un humano que trabajaba tenía ritmo irregular, dudas, correcciones, interrupciones. Jeremiah había pasado semanas aprendiendo a ser, al menos en términos de comportamiento en red, indistinguible de un humano que trabajaba.

Entre un intervalo y otro miraba por la ventana del café.

Beyoğlu era un barrio que no había decidido todavía qué quería ser. Edificios de finales del Imperio Otomano con fachadas renovadas convivían con locales de comida rápida y galerías de arte contemporáneo y tiendas de ropa que podrían haber estado en cualquier ciudad europea sin modificar nada. La gente pasaba con esa mezcla específica de propósito y distracción que caracteriza a quienes viven en ciudades demasiado grandes para ser comprendidas de una sola mirada. Nadie prestaba atención al hombre del portátil en la mesa del fondo. Nadie tenía razón para hacerlo.

Jeremiah pensó, no por primera vez, en la paradoja central de su situación: era completamente invisible y al mismo tiempo estaba construyendo algo

que afectaría a setecientos treinta millones de personas. La invisibilidad y la escala coexistían sin contradicción porque el mundo estaba organizado precisamente de esa manera. Las decisiones más grandes las tomaban personas que nadie veía, en lugares que nadie visitaba, a través de mecanismos que casi nadie entendía del todo. Los mercados de divisas, las tasas de interés interbancarias, los algoritmos de calificación crediticia: todo eso ocurría en espacios que la mayoría de los afectados por sus consecuencias nunca podrían identificar en un mapa.

Él simplemente había aprendido a moverse en esos espacios con la misma fluidez con que sus habitantes naturales lo hacían. Con una diferencia de destino.

El cuarto intervalo se completó sin incidentes. El quinto también.

A la hora cuarenta, Jeremiah cerró el panel de inserción y abrió el de verificación. El código estaba donde debía estar, integrado en el flujo general con la invisibilidad de algo que pertenece ahí desde siempre. Las ciento cuarenta y siete líneas distribuidas entre las dieciocho mil como semillas en tierra que todavía no era el momento de regar.

Pagó el café. En efectivo, con el cambio exacto más una propina razonable, porque las propinas demasiado generosas se recordaban igual que las demasiado mezquinas y Jeremiah prefería no ser recordado en ninguna dirección. El propietario recibió el dinero con un gesto de agradecimiento parco y profesional.

—Vaya feliz —dijo el hombre desde detrás del mostrador.

—Güle güle —respondió Jeremiah con el mismo vocablo en turco, con el que le dijeron adiós de la manera cortés que acostumbran en ese país.

Salió a la calle. El aire de octubre en Estambul tenía una cualidad específica que no supo nombrar con precisión: frío sin ser hostil, cargado de algo que olía vagamente a mar aunque el Bósforo estuviera a veinte minutos caminando. Dobló a la izquierda, luego a la derecha, luego otra vez a la izquierda, no porque la ruta fuera la más directa al hotel sino porque Jeremiah nunca tomaba la ruta más directa cuando había permanecido más de dos horas en un lugar.

Tres días después, en las oficinas de NovaSec Solutions en Reading, un técnico llamado Ruairi Macauley revisó la documentación del parche de octubre con la meticulosidad que su reputación dentro de la empresa exigía. Ruairi llevaba seis años en NovaSec, era el más veterano del equipo de validación, y tenía la costumbre de leer el código fuente en voz baja cuando algo no le convencía del todo, un hábito que sus colegas encontraban excéntrico y que él consideraba simplemente eficiente: el oído detectaba irregularidades de ritmo que el ojo pasaba por alto.

Leyó en voz baja durante cuarenta minutos.

No encontró nada que no debiera estar ahí. El código era limpio, la documentación coherente, las correcciones de las tres vulnerabilidades

elegantes en su solución. Firmó digitalmente el parche con su certificado personal y lo liberó para distribución.

—Este está bien —le dijo a la colega que esperaba el resultado desde el escritorio de al lado—. Limpio y bien estructurado. Mejor que el de agosto, que tenía los comentarios hechos con los pies.

La colega rio brevemente y continuó con lo suyo.

Esa tarde, el parche fue distribuido automáticamente a los once clientes del ciclo de octubre. El departamento de tecnología de la filial europea del ICBC en Londres lo recibió a las 16:47, lo procesó a las 17:12 y lo instaló en el sistema principal a las 18:03, cuando la mayor parte del personal, ya había salido y los que permanecían pensaban en otra cosa.

A las 18:04, las ciento cuarenta y siete líneas que llevaban tres días esperando recibieron la señal que necesitaban.

Comenzaron a trabajar.

En el café de Beyoğlu que Jeremiah no volvería a visitar, el propietario limpió la mesa del fondo, recogió la taza vacía y no pensó en nada particular sobre el cliente silencioso de la mañana. Había muchos clientes silenciosos. La mayoría tenía sus razones. Eso no era asunto suyo.

En el servidor central del ICBC Europa, a una profundidad a la que ninguna auditoría rutinaria llegaba porque ninguna auditoría rutinaria tenía razones para llegar, algo se instaló entre el hardware y el sistema operativo con la discreción de un inquilino que sabe que no figura en el contrato y ha decidido que eso no es necesariamente un problema siempre que no haga ruido.

El Ghost Ledger abrió los ojos.

Y comenzó a escuchar.

CAPÍTULO 3

El libro mayor fantasma

Londres / Shanghái / Maiduguri. 1 de noviembre de 2022.

El primer día del mes llegó sin fanfarria.

Jeremiah llevaba despierto desde las once de la noche anterior, sentado frente a los tres monitores con una taza de té que había dejado de estar caliente hacía una hora y que no había vuelto a tocar. No había nerviosismo en su postura, o al menos nada que un observador externo habría identificado como tal. Los dedos quietos sobre el escritorio. La espalda recta. La respiración regular. Solo los ojos, que seguían el flujo de datos en la pantalla central con una atención que iba más allá de la concentración profesional y rozaba algo más antiguo, más difícil de nombrar.

A las 00:01, el sistema hizo lo que estaba programado para hacer.

No hubo sonido. No hubo animación. No hubo ninguno de los elementos visuales con que el cine representa los momentos en que algo importante ocurre en una pantalla. Solo números que cambiaban en columnas que Jeremiah había diseñado para mostrar exactamente lo que necesitaba ver y nada más: el volumen de cuentas procesadas, el monto extraído por cuenta, el total acumulado, el estado de la transferencia hacia la DAO.

Diez centavos de dólar.

Por cuenta.

En setecientas treinta millones de cuentas.

Observó el contador ascender con la parsimonia de algo inevitable. El proceso se distribuía a lo largo de cuarenta y ocho horas para imitar el comportamiento normal del sistema durante los ciclos de liquidación de fin de mes, cuando los movimientos masivos eran rutinarios y los algoritmos de detección de anomalías estaban, por diseño, más tolerantes con las variaciones de volumen. Cada extracción individual era invisible. El conjunto era, en términos de escala, otra cosa completamente distinta.

A las dos de la madrugada el contador mostraba algo más de dieciocho millones.

El teléfono cifrado vibró una vez sobre el escritorio. El identificador correspondía a Aboubakar, el coordinador de contratos de la fundación en Maiduguri, un hombre de cuarenta y tantos años a quien Jeremiah conocía únicamente por voz y por la pulcritud milimétrica de sus informes semanales, que llegaban siempre los lunes antes de las ocho de la mañana y nunca contenían una palabra de más ni una de menos.

Respondió.

—Es tarde allá —dijo Aboubakar, sin preámbulo. Su inglés tenía la cadencia particular del norte de Nigeria, rítmica y directa, con una cortesía que no era protocolo sino simplemente la forma en que ese hombre hablaba con todo el mundo.

—No importa. ¿Ocurre algo?

—La segunda cuota llegó esta noche, antes de lo programado. El contratista confirmó recepción hace una hora. Quería avisarle personalmente antes de dormir.

—Bien. ¿El calendario se mantiene?

—Sí, señor Crane. Mañana empiezan las columnas del ala norte. El ingeniero calcula que para enero tenemos techo. —Una pausa. Al fondo, Jeremiah pudo escuchar algo que sonaba como una radio a bajo volumen, voces mezcladas con música—. ¿Puedo preguntarle algo que quizás no es de mi competencia?

—Adelante.

—Llevo tres meses coordinando contratos para la fundación y todavía no entiendo del todo el modelo. Los fondos llegan puntuales, la documentación es impecable, las auditorías están en orden. Pero en mi experiencia, nadie

hace esto sin querer algo a cambio. Publicidad, influencia, acceso político, algo. ¿Qué quiere la fundación, señor Crane?

Era una pregunta legítima y honesta. Jeremiah la había anticipado en abstracto, aunque no tan pronto ni formulada con tanta franqueza.

—Que el hospital funcione —dijo.

—Con respeto, eso no es una respuesta completa.

—Es la única que tengo, Aboubakar.

Un silencio breve. No incómodo sino reflexivo.

—La gente del barrio viene todos los días a mirar la obra —dijo Aboubakar finalmente—. No dicen nada. Solo miran y se van. Mi hija me pregunta quién está detrás de todo esto y yo no sé qué responderle. ¿Usted qué le respondería?

Jeremiah miró el contador en la pantalla central. Cuarenta y dos millones con algo de centavos, ascendiendo.

—Que hay personas que construyen cosas para que nadie sepa que fueron ellas —dijo—. Y que eso también es una forma válida de hacer las cosas.

Otro silencio.

—Lo entiendo —dijo Aboubakar—. No estoy seguro de que mi hija lo entienda. Pero yo sí. Buenas noches, señor Crane.

—Buenas noches.

Colgó. Dejó el teléfono sobre el escritorio y miró el contador durante un momento que fue más largo de lo habitual. La gente del barrio viene todos los días a mirar. Era el tipo de información que no cabía en ninguna columna de su tablero y que sin embargo era, de alguna manera que Jeremiah no se molestó en analizar, la más importante que había recibido en toda la noche.

A cuatro mil kilómetros de distancia, en la sede central del ICBC en Shanghái, era ya pasada la una de la tarde del mismo día. La sala de auditoría del decimocuarto piso tenía las ventanas orientadas al norte para evitar el reflejo del sol sobre las pantallas, detalle de diseño que al subdirector Prabath Weerasinghe le parecía excesivo para una sala donde nadie miraba por las ventanas jamás.

Prabath llevaba veintidós años en el banco y había desarrollado con los datos una relación parecida a la que otros desarrollan con los idiomas: los leía con fluidez, detectaba las anomalías antes de poder articularlas, y desconfiaba profundamente de cualquier sistema que no pudiera explicarse en términos que un ser humano sin formación técnica pudiera comprender.

Esa tarde revisaba los informes de cierre del trimestre cuando algo en las columnas de redondeo le produjo una incomodidad que no supo nombrar de inmediato. No era una cifra incorrecta. Era un patrón: la distribución estadística de los decimales en las operaciones de conversión de divisas era demasiado uniforme. No de manera que disparara ninguna alarma automática, pero sí de una manera que, si uno llevaba veintidós años

mirando ese tipo de datos, se sentía ligeramente distinta. Como cuando uno entra a un cuarto donde todo está en su lugar pero algo huele diferente y no puede identificar qué.

Prabath imprimió el informe. Sus colegas lo miraban a veces con el afecto reservado para los hábitos irracionales de las personas mayores. Él no se molestaba en explicar que el papel obligaba a los ojos a moverse de manera distinta sobre los datos, y que esa diferencia de movimiento revelaba cosas que la pantalla ocultaba no por ninguna razón técnica sino simplemente por la forma en que los ojos humanos se acostumbran a las superficies que conocen.

Marcó con lápiz tres columnas. Las observó durante varios minutos. Luego llamó a su asistente.

—Selvam —dijo cuando el joven asomó la cabeza por la puerta—, ¿cuándo es la próxima reunión del equipo de sistemas?

—El jueves, señor Weerasinghe.

—Quiero en esa reunión los registros de consumo eléctrico de los servidores del núcleo durante los últimos tres meses. No el resumen ejecutivo. Los registros completos, hora por hora.

Selvam parpadeó.

—¿Los registros completos? Eso es un volumen considerable, señor.

—Lo sé. Por eso lo pido hoy y no el jueves por la mañana. Y Selvam, esto por ahora entre nosotros. No lo menciones en ninguna reunión hasta que yo lo indique.

El joven asintió con la expresión de quien acepta una instrucción que no entiende del todo pero reconoce como seria.

—Entendido, señor.

Cuando Selvam se retiró, Prabath volvió a sus columnas marcadas con lápiz. Probablemente no era nada. En veintidós años había tenido incomodidades similares que resultaban ser variaciones estacionales, cambios de algoritmo, el azar estadístico comportándose como el azar tiene derecho a comportarse. La mayoría de las anomalías tenían explicaciones ordinarias. Eso no era razón para dejar de investigarlas, del mismo modo que la mayoría de los ruidos nocturnos tienen origen inocente y eso no es razón para no escucharlos.

Sacó el cuaderno de tapas duras del cajón inferior y escribió tres líneas con su pluma estilográfica.

Distribución de decimales anómala en conversiones de divisas. Patrón demasiado regular para ser aleatorio. Verificar contra registros eléctricos.

Lo guardó. Tomó el té frío y lo bebió sin quejarse.

De vuelta en Maiduguri, eran las tres de la madrugada cuando Aboubakar salió un momento al patio de su casa después de colgar el teléfono. El aire era seco y frío. Desde donde estaba podía ver, a tres calles de distancia, la

silueta de la obra iluminada por los focos de seguridad. Las columnas del ala norte comenzarían en pocas horas.

Adentro, en el cuarto que compartía con su hermana menor, Hadizatou dormía con la hoja impresa del tablero de la fundación doblada sobre el escritorio, donde la había dejado esa tarde después de mostrarle a su padre los datos de puntualidad que ningún ser humano razonablemente podía mantener. Su padre le había respondido con algo sobre personas que construyen cosas sin querer que nadie lo sepa, y ella había asentido sin estar convencida del todo.

Hadizatou tenía dieciséis años y una mente que conectaba cosas con una velocidad que a veces inquietaba a Aboubakar. No por lo que concluía, sino por la velocidad con que llegaba a preguntas que otros tardaban años en hacerse.

Por eso cuando ella le había dicho, antes de cenar, que el dinero llegaba demasiado puntual para ser humano, Aboubakar no lo había descartado. Lo había guardado.

En Londres, a las seis y cuarenta minutos de la mañana, el contador de la pantalla central se detuvo en 73.412.887 dólares. Los fondos destinados a proyectos habían comenzado a moverse durante la noche, siguiendo los calendarios establecidos. La clínica de Maiduguri recibiría su segunda cuota antes del mediodía. El programa de cirugía pediátrica en Kinshasa recibiría la primera. El sistema de agua potable en Mali permanecía en fase de licitación.

Jeremiah miró el número durante un momento que fue más largo de lo habitual.

Había anticipado satisfacción, que era la respuesta lógica ante la verificación de que un sistema complejo funcionaba dentro de los parámetros esperados. Lo que no había anticipado era esto: algo que no era orgullo porque el orgullo requiere un testigo, y no era alivio porque el alivio implica miedo previo, y él no había tenido miedo sino cálculo.

Era otra cosa. La sensación de que el mundo había cambiado de forma infinitesimalmente pequeña pero verificable, y de que él era la causa de ese cambio, y de que el cambio iba en la dirección correcta. No sabía si eso tenía nombre. Decidió que no importaba.

Dejó el tablero de la fundación abierto en el monitor izquierdo. La cámara de Maiduguri mostraba el amanecer sobre la obra. Un trabajador cruzó el encuadre. Luego otro. Comenzaba un día.

Se recostó en la silla ergonómica y cerró los ojos sin proponérselo, que es la única forma honesta de quedarse dormido, y a las siete y cuatro minutos de la mañana Jeremiah Prentis Cott, que llevaba cinco años durmiendo entre cuatro y seis horas por noche con la intermitencia de las personas cuya mente no sabe del todo cómo detenerse, se quedó dormido frente a sus monitores sin que fuera una decisión sino simplemente lo que ocurrió.

No soñó con nada que pudiera recordar después.

Se despertó a las tres de la tarde con el cuello levemente entumecido y el tablero de la fundación todavía abierto. La cámara de Maiduguri mostraba la obra a plena actividad. Las columnas del ala norte habían comenzado. La estructura ganaba altura con la lentitud visible de las cosas que van a durar.

En Shanghái, Prabath Weerasinghe apagaba la luz de su oficina dos horas después que el resto del piso, con el cuaderno de tapas duras bajo el brazo y la incomodidad del martes sin resolver todavía. En el trayecto al metro pensó en una frase que su primer supervisor le había dicho treinta años atrás y que recordaba con la fidelidad con que se recuerdan las cosas dichas en el momento exacto en que uno está listo para escucharlas: los números no mienten, Prabath, pero a veces callan. Y el silencio de un número es exactamente tan importante como lo que dice.

Esos servidores estaban callando algo.

Jeremiah no sabía que ese hombre existía.

Todavía.

CAPÍTULO 4

El auditor que no confía en los algoritmos

Shanghái, sede central del ICBC. 17 de noviembre de 2022.

Los registros de consumo eléctrico llegaron el miércoles por la tarde, un día antes de lo que Selvam había prometido, lo cual era una señal de que el joven había entendido que la solicitud no era rutinaria aunque nadie se lo hubiera dicho explícitamente. Prabath Weerasinghe los recibió en papel, como había pedido, en tres carpetas de argollas que ocupaban un volumen considerable sobre su escritorio y que su colega Dorjpalam, al pasar por el pasillo y verlas, comentó con la ligereza de quien no espera que la observación sea tomada en serio.

—¿Registros físicos? —dijo Dorjpalam, asomándose por el marco de la puerta con una taza de té en la mano—. Prabath, vivimos en el siglo veintiuno.

—Lo sé. Por eso los pido en papel.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido. Siéntate si quieres y te lo explico.

Dorjpalam consideró la oferta durante medio segundo.

—Tengo una reunión —dijo, y desapareció.

Prabath sonrió levemente y abrió la primera carpeta. Dorjpalam era un buen analista, quizás el mejor del equipo en modelado predictivo, pero tenía la limitación característica de los analistas formados enteramente en entornos digitales: confiaba en los sistemas porque los sistemas eran lo que conocía, y esa confianza era en la mayoría de los casos completamente razonable y en algunos casos el error más costoso que uno podía cometer. Lo que los

sistemas automatizados hacían bien era detectar lo que habían sido programados para detectar. Lo que no hacían era buscar lo que nadie había pensado que debían buscar.

Esa distinción era, en la experiencia de Prabath, la diferencia entre un auditor y un buen auditor. Y llevaba veintidós años cultivándola con la misma disciplina con que otros cultivaban relaciones o ascensos, que eran cosas que Prabath había sacrificado con tanta consistencia que había dejado de considerarlo un sacrificio y lo llamaba simplemente una elección.

Los registros de consumo eléctrico de los servidores del núcleo bancario no eran en sí mismos interesantes. Eran columnas de cifras que medían kilovatios hora en intervalos de sesenta minutos durante noventa días. Lo que los hacía potencialmente interesantes era la relación entre esas cifras y otras: el volumen de transacciones procesadas en cada intervalo, la carga de los procesadores según los logs del sistema, la temperatura de los servidores según los sensores de la sala de máquinas. Por separado, cada conjunto de datos era perfectamente normal. En relación mutua podían revelar cosas que ninguno decía solo.

Prabath pasó la primera hora construyendo esa relación en papel cuadriculado, columna por columna, con la pluma estilográfica que sus colegas encontraban anacrónica y él encontraba indispensable. Escribir despacio obligaba a pensar. Pensar despacio era la única forma de ver lo que el análisis rápido se saltaba por definición.

A la hora y veinte minutos encontró lo que la incomodidad de días anteriores le había dicho que existía sin poder decirle dónde.

El consumo eléctrico y la temperatura de los servidores no correspondían al volumen de transacciones reportado en los logs. La discrepancia no era grande. Era de hecho suficientemente pequeña para que cualquier sistema automatizado de monitoreo la clasificara como variación dentro del margen de tolerancia y la archivara sin levantar ninguna alerta. Pero estaba ahí, consistente, reproducible, con una regularidad que el azar estadístico no producía de manera natural. El azar era irregular por definición. Esto no lo era.

Algo estaba procesando información que los logs no registraban.

Prabath dejó la pluma sobre el escritorio y miró sus columnas durante un tiempo que no midió. En veintidós años había visto fraudes de diversas escalas: transferencias no autorizadas, manipulación de registros, esquemas de desvío que en retrospectiva eran siempre más simples de lo que habían parecido mientras ocurrían. Lo que nunca había visto era algo que procesara información activamente sin dejar registro de ese procesamiento en los logs del sistema. Eso requería acceso al núcleo. No a las capas superiores del software, que cualquier intruso medianamente competente podía alcanzar con tiempo y motivación, sino al núcleo mismo, al espacio donde el hardware y el sistema operativo se comunicaban en un lenguaje que muy poca gente sabía leer todavía.

Tomó el teléfono y llamó a Selvam.

—Necesito los registros equivalentes de los últimos tres años —dijo cuando el joven respondió.

Una pausa.

—¿Tres años, señor Weerasinghe?

—Tres años. Y Selvam, esto no lo menciones en la reunión del jueves ni en ninguna otra reunión por ahora. Tráeme los registros directamente a mi oficina, no los dejes con la asistente de piso.

Otra pausa más larga.

—Entendido, señor.

—Una cosa más. Quiero también el historial completo del último parche de NovaSec. Todo: la documentación, los certificados de firma, los logs de instalación.

—¿El parche de octubre?

—Ese.

Selvam tardó un momento antes de responder, como si estuviera calibrando si era apropiado preguntar por qué.

—Lo tendrá mañana por la mañana, señor Weerasinghe.

—Bien.

Colgó. Se levantó y fue a la ventana que daba al norte. El skyline de Pudong en la tarde nublada de noviembre era una acumulación de geometrías que a Prabath nunca le había parecido especialmente hermosa pero que conocía tan bien después de tantos años que su ausencia le habría resultado más perturbadora que su presencia. Pensó en la frase que su primer supervisor en el banco, un hombre ya hace tiempo retirado, le había dicho en sus primeros meses: los números no mienten, Prabath, pero a veces callan. Y el silencio de un número es exactamente tan importante como lo que dice.

Esos servidores estaban callando algo. La pregunta no era si había algo ahí. La pregunta era desde cuándo.

Regresó al escritorio y abrió el cajón inferior derecho. Sacó el cuaderno de tapas duras que reservaba para el pensamiento lento: las observaciones que no encajaban todavía en ningún modelo y que necesitaban espacio para revelar su forma. Escribió la fecha. Escribió cuatro líneas.

Consumo eléctrico inconsistente con logs de transacciones. Patrón regular, no aleatorio. Comenzó hace aproximadamente cuatro meses. Posible relación con parche NovaSec octubre.

Cerró el cuaderno. Bebió el té frío.

En la planta baja del mismo edificio, en la cafetería casi vacía de las cuatro de la tarde, Selvam Tharmalingam le enviaba un mensaje a su novia mientras esperaba que el café de la máquina terminara de salir.

El viejo me pidió algo raro hoy. Registros eléctricos de tres años y el historial del último parche de seguridad. Todo en papel y sin mencionar nada a nadie.

La respuesta llegó en segundos: *¿Para qué?*

No sé. Pero cuando Weerasinghe pide algo así es porque vio algo que los sistemas no vieron. Lleva veintidós años haciendo esto.

¿Y eso es bueno o malo?

Selvam miró el café que todavía estaba demasiado caliente para beberlo.

Depende de para quién, escribió.

Guardó el teléfono y subió de regreso a su escritorio. Tenía trabajo por delante y Prabath Weerasinghe no era el tipo de jefe que aceptaba retrasos cuando había pedido algo con esa voz particular que usaba cuando la cosa era seria, que era una voz igual a todas sus otras voces excepto por una diferencia mínima en la velocidad de las palabras que Selvam había tardado seis meses en aprender a reconocer.

La había reconocido esa tarde.

En su oficina del decimocuarto piso, Prabath sacó de nuevo el cuaderno y añadió una quinta línea debajo de las cuatro anteriores.

Si el acceso es al núcleo: ¿quién sabe leer ese lenguaje todavía?

Era una pregunta que reducía considerablemente el universo de sospechosos posibles. El lenguaje del núcleo era viejo, era oscuro, y había dejado de enseñarse de manera sistemática en la mayoría de los programas de ingeniería informática desde hacía al menos quince años. Los que lo sabían leer eran o muy mayores o muy específicamente motivados para aprenderlo. Prabath pertenecía al primer grupo. Quien hubiera hecho esto pertenecía casi con certeza al segundo.

Eso lo decía algo sobre el perfil. Alguien joven, o relativamente joven, que había buscado ese conocimiento por razones que no eran curriculares. Que había invertido tiempo en aprender algo que el mercado no pedía y que por tanto nadie aprendía por inercia. Eso requería un propósito previo, una razón para querer entrar a un lugar específico antes de saber cómo entrar.

Prabath escribió una sexta línea.

El acceso no fue oportunista. Fue planeado con mucha anticipación.

Cerró el cuaderno por segunda vez. Esta vez lo guardó en el maletín que llevaba a casa, no en el cajón del escritorio. Había una diferencia entre los papeles que podían quedarse en la oficina y los que no debían quedarse, y ese cuaderno había cruzado esa línea en el momento en que escribió la primera línea.

Esa noche, en su departamento del distrito de Jing'an, Prabath cenó solo como casi todas las noches desde que su esposa Meenakshi se había mudado a Chengdu para estar cerca de sus padres ya mayores, un arreglo que habían llamado temporal durante el primer año y que llevaba otros dos siendo permanente sin que ninguno de los dos lo hubiera declarado

oficialmente. Se llamaban los domingos. Hablaban de cosas concretas: la salud de los padres de ella, el trabajo de él, el departamento que ambos seguían considerando de los dos aunque solo uno lo habitara. Era una forma de matrimonio que Prabath no había planeado pero que tampoco había combatido con suficiente convicción, quizás porque el trabajo siempre le había parecido más urgente que casi cualquier otra cosa, y esa jerarquía tenía consecuencias que uno no siempre estaba dispuesto a examinar de frente. Mientras comía revisó mentalmente lo que sabía, lo que sospechaba y lo que necesitaba verificar, que era el orden correcto para pensar en cualquier problema: primero los hechos, luego las hipótesis, luego las preguntas.

Los hechos eran tres: consumo eléctrico inconsistente, patrón regular, cuatro meses de duración.

La hipótesis era una: algo vivía en el núcleo del sistema sin que los logs lo registraran.

Las preguntas eran muchas, pero la más urgente era también la más simple: si algo había entrado, ¿por dónde?

El parche de NovaSec era la respuesta más probable. No porque tuviera evidencia todavía, sino porque era el único vector de entrada que correspondía temporalmente con el inicio del patrón anómalo. Cuatro meses atrás era octubre. El parche era de octubre. La coincidencia no era prueba, pero era suficiente para que fuera lo primero que revisara mañana.

Terminó de cenar. Lavó el plato. Se sentó en el sillón con el cuaderno de tapas duras y estuvo mirando las seis líneas que había escrito durante varios minutos sin añadir ninguna más.

Luego lo cerró y apagó la luz.

En Londres, Jeremiah estaba en ese momento revisando el segundo ciclo de transferencias hacia los proyectos de la fundación cuando el sistema de monitoreo propio generó una alerta interna de nivel uno sobre cinco: actividad inusual en el patrón de consultas hacia los logs del núcleo, dentro del rango que podía tener explicaciones rutinarias pero suficientemente diferente del patrón habitual para ser registrada.

Jeremiah la leyó. La clasificó. La archivó.

Pero configuró un rastreo pasivo sobre esa línea de consultas antes de cerrar el panel. No era intervención. Era observación. Y la observación, hecha correctamente, no dejaba ningún rastro.

Cerró la ventana y volvió a las transferencias.

Fuera de su ventana, Londres comenzaba su noche con la indiferencia característica de las ciudades que han visto demasiadas cosas para sorprenderse de ninguna. En algún servidor al que ninguno de los dos hombres podía acceder directamente en ese momento, el Ghost Ledger procesaba en silencio su segundo mes de operación, respondiendo a todas

las consultas con las cifras correctas, las cifras esperadas, las cifras que hacían que todo pareciera exactamente como siempre había sido.

Prabath Weerasinghe dormía con el cuaderno sobre la mesilla de noche.

Jeremiah Prentis Cott no dormía todavía.

Ninguno de los dos sabía que el otro existía.

Por ahora.

Y en el mundo invisible que ninguno de los dos podía ver directamente, entre capas de código y silicio y electricidad convertida en números, el Ghost Ledger seguía procesando, respondiendo, mintiendo con la precisión absoluta de algo que había aprendido a imitar la verdad mejor que la verdad misma.

CAPÍTULO 5

Las otras manos en el sistema

Londres / Ámsterdam / Shanghái. Diciembre de 2022.

El intruso llegó un martes por la noche.

Jeremiah lo detectó a las 23:14, hora de Londres, cuando el sistema de monitoreo propio generó una alerta de nivel tres sobre cinco: actividad anómala en las capas superiores del núcleo bancario, patrón de exploración sistemática que no correspondía a ningún proceso interno programado. No era una consulta de auditoría. No era un ciclo de mantenimiento. Era algo que buscaba, con la metodología torpe pero persistente de quien tiene herramientas potentes y no del todo sabe usarlas con elegancia.

Jeremiah dejó el libro que estaba leyendo sobre el escritorio y se sentó frente a los monitores.

Tardó cuatro minutos en entender lo que estaba viendo y otros dos en clasificarlo. El vector de entrada era diferente al suyo: más ruidoso, más directo, con las huellas características del software comercial de intrusión que se vendía en foros cerrados de la red profunda y que cualquiera con suficiente dinero y suficiente motivación podía adquirir sin necesidad de saber construirlo. Era efectivo hasta cierto punto. Hasta el punto exacto en que se encontraba con algo que no había sido diseñado para encontrar.

Como el Ghost Ledger.

Jeremiah observó durante dieciséis minutos sin intervenir, registrando el patrón de movimiento del intruso por las capas del sistema con la atención clínica de un médico que examina a un paciente antes de decidir qué hacer. El intruso no sabía que había algo en el núcleo. Buscaba otra cosa, probablemente acceso a las cuentas de corresponsalía o a los sistemas de transferencia internacional, que eran los objetivos habituales de los grupos que operaban con ese tipo de herramientas. Ransomware, con toda probabilidad. El patrón de exploración tenía esa firma: no el refinamiento de

quien busca algo específico sino la amplitud de quien quiere bloquearlo todo y luego negociar.

Jeremiah los llamó internamente los carroñeros. No con desprecio exactamente, sino con la distancia taxonómica con que un naturalista nombra una especie que no le resulta simpática pero que forma parte del ecosistema.

El problema no era que estuvieran ahí. El problema era que si llegaban suficientemente lejos en su exploración, podían tropezar con el Ghost Ledger de manera accidental, y eso era una variable que Jeremiah no había incluido en sus modelos porque era, en teoría, altamente improbable. La teoría, sin embargo, estaba siendo revisada en tiempo real.

Abrió una línea de trabajo paralela y comenzó a evaluar opciones.

Podía no hacer nada y dejar que los sistemas de seguridad del banco detectaran la intrusión por sus propios medios, lo cual ocurriría eventualmente pero con una demora que podía ser de horas o de días dependiendo de qué tan lejos llegaran los intrusos antes de activar alguna alarma visible. Podía retirarse completamente del sistema durante el tiempo que durara la crisis, lo cual era seguro pero dejaba el Ghost Ledger expuesto a cualquier revisión forense que el banco emprendiera como respuesta al ataque. O podía intervenir.

La intervención era la opción que más lo incomodaba y la única que resolvía el problema de raíz.

Tardó once minutos en decidir, que para Jeremiah era un tiempo largo. Luego abrió un tercer panel y comenzó a trabajar.

Lo que hizo durante las siguientes dos horas no era, en sentido estricto, una contraofensiva. Era más parecido a lo que un pastor hace cuando nota a un animal extraño cerca del rebaño: no lo ataca directamente sino que modifica el terreno para que el camino hacia lo que quiere proteger se vuelva inaccesible. Jeremiah levantó una serie de barreras en las capas intermedias del sistema que no eran visibles desde afuera pero que redirigían el tráfico del intruso en círculos que parecían avances pero no llegaban a ningún lado. Era como construir un laberinto alrededor de algo mientras el intruso miraba hacia otro lado.

A la una y cuarenta de la madrugada, el patrón de exploración del intruso comenzó a mostrar los signos de la frustración técnica: intentos repetidos sobre los mismos vectores, cambios de herramienta, una agresividad creciente que era inversamente proporcional al avance real. A las dos y doce, el intruso se retiró.

Jeremiah esperó cuarenta minutos antes de deshacer las barreras que había levantado, restaurando el sistema exactamente al estado en que estaba antes de que llegara el visitante no deseado. No dejó rastro de su intervención. El banco nunca sabría que había sido atacado esa noche, ni que alguien que no era el banco había bloqueado el ataque.

Se recostó en la silla y miró el techo durante un momento.

Había protegido al banco. Esa era la forma más simple de describir lo que había hecho, y también la más paradójica. El ICBC era su víctima y su huésped y ahora también, en algún sentido que le resultaba difícil de clasificar, su responsabilidad. Era el guardián de algo que le robaba. O el ladrón de algo que protegía. El lenguaje no alcanzaba con comodidad para describir la situación porque el lenguaje había sido construido para situaciones más simples.

Pensó, no por primera vez, en la naturaleza de lo que había construido. No era un parásito en el sentido estricto del término, porque un parásito debilita a su huésped y Jeremiah había pasado los últimos meses asegurándose de que el ICBC funcionara con la misma solidez de siempre, corrigiendo vulnerabilidades reales cuando las encontraba, manteniendo la infraestructura que le daba acceso en perfectas condiciones. Era más parecido a una relación de simbiosis peculiar: él necesitaba que el banco fuera sano y rentable para que los setecientos treinta millones de cuentas siguieran existiendo y los diez centavos mensuales siguieran siendo invisibles, y el banco, sin saberlo, se beneficiaba de tener a alguien con sus capacidades monitoreando el sistema desde adentro.

Era una lógica retorcida. También era perfectamente coherente.

Fue a la cocina. Preparó té. Lo trajo al estudio y lo bebió mirando los monitores apagados.

En Ámsterdam, en una oficina sin ventanas en el sótano de un edificio de apartamentos en el barrio llamado De Pijp, tres hombres revisaban los registros del intento fallido con la mezcla específica de irritación y pragmatismo de quienes han fracasado antes y saben que el fracaso es parte del proceso. El mayor de los tres, un bielorruso de unos cuarenta años que usaba el nombre de Kazimir en todos los contextos que no eran su pasaporte, examinaba los logs en una pantalla mientras los otros dos esperaban su evaluación.

—El sistema nos rechazó —dijo finalmente, en un ruso que los otros dos entendían sin esfuerzo—. No los sistemas de seguridad normales. Algo más.

—¿Más sofisticado? —preguntó el más joven de los tres, un ucraniano que llevaba en el grupo desde hacía ocho meses y que todavía medía sus palabras con la cautela de quien no tiene todavía autoridad suficiente para opinar sin que le pregunten.

—Diferente —dijo Kazimir—. Los sistemas de seguridad normales bloquean y alertan. Esto nos dejó seguir moviéndonos sin llegar a ningún lado. Eso requiere inteligencia. O alguien que la tenga.

El tercero, que hasta ese momento había permanecido en silencio con los brazos cruzados, habló por primera vez.

—¿Alguien adentro?

—No del banco —dijo Kazimir—. El banco no sabe que estuvimos ahí. Si lo supieran, la respuesta habría sido diferente.

Los tres se miraron durante un momento.

—Entonces hay alguien más —dijo el ucraniano.

—Eso parece —dijo Kazimir. Cerró la pantalla. Se puso de pie y caminó hasta el extremo de la habitación donde había una cafetera que producía un café mediocre al que todos se habían acostumbrado porque nadie en ese sótano priorizaba la comodidad sobre la funcionalidad—. Lo cual significa que ese banco tiene algo que vale la pena proteger. Algo que quien sea que está adentro no quiere que nadie más encuentre.

—¿Volvemos a intentarlo? —preguntó el tercero.

Kazimir sirvió café en un vaso de plástico y lo consideró.

—No de la misma manera. —Bebió un sorbo—. Si hay alguien adentro con ese nivel de capacidad, un segundo intento con las mismas herramientas solo les avisa de que seguimos interesados. Y no queremos que sepan que estamos interesados hasta que sepamos exactamente en qué.

—¿Entonces qué hacemos?

—Observamos —dijo Kazimir—. Desde afuera. Sin tocar nada. A veces la mejor forma de entender un sistema es mirarlo desde lejos durante el tiempo suficiente.

Salió de la habitación. Los otros dos intercambiaron una mirada breve y siguieron sus propios pensamientos en silencio.

En Shanghái, Prabath Weerasinghe llegó esa mañana a su oficina con el cuaderno de tapas duras y los registros de tres años que Selvam había dejado sobre su escritorio antes de las ocho, puntual como había prometido. Los registros ocupaban cinco carpetas esta vez. Prabath las alineó en orden cronológico y abrió la primera sin quitarse el abrigo todavía.

Selvam apareció en la puerta a los diez minutos con dos tazas de té.

—¿Novedad en los registros de NovaSec? —preguntó Prabath sin levantar la vista.

—Sí, señor. El parche de octubre fue aprobado y firmado por Ruairi Macauley, su validador más veterano. Seis años en la empresa, sin incidentes previos. La documentación es impecable.

—¿Cuántas líneas de código tiene el parche?

Selvam consultó su tableta.

—Dieciocho mil trescientas cuarenta y dos.

Prabath levantó la vista por primera vez.

—¿Y cuántas revisó Macauley?

—El registro dice que la revisión tomó cuarenta minutos.

Los dos se miraron. Prabath no dijo nada. No era necesario: cuarenta minutos para dieciocho mil líneas de código era una media de poco más de un segundo por línea, que era técnicamente posible para un revisor experimentado haciendo una lectura diagonal en busca de patrones obvios, y técnicamente insuficiente para detectar algo diseñado para no querer ser detectado.

—Gracias, Selvam —dijo Prabath—. Cierra la puerta al salir.

Selvam dejó el té y salió. Prabath abrió el cuaderno de tapas duras en la página donde había dejado sus seis líneas y escribió una séptima.

El vector de entrada fue el parche. Dieciocho mil líneas. Revisión superficial. Puerta abierta desde adentro.

Bebió el té. Miró sus columnas de papel cuadriculado. Pensó en la frase de su supervisor y en el silencio de los números y en la regularidad de un patrón que llevaba cuatro meses repitiéndose con la puntualidad de algo que no dependía de ningún ser humano para funcionar.

Eso también era una pista. Las cosas que dependían de seres humanos tenían irregularidades. Las que no las tenían eran sistemas. Y los sistemas podían ser encontrados si uno sabía dónde buscar sus costuras.

Prabath Weerasinghe tenía veintidós años de experiencia buscando costuras. Todavía no las había encontrado. Pero sabía que estaban ahí.

En Londres, Jeremiah revisó esa mañana el estado del Ghost Ledger con la misma rutina de siempre: tamborileo sobre la placa de metal, autenticación, verificación de parámetros, revisión de alertas. La alerta de nivel tres de la noche anterior estaba archivada. El sistema funcionaba dentro de los parámetros normales. El segundo ciclo mensual de extracción estaba completado y los fondos en tránsito hacia los proyectos de la fundación.

Todo en orden.

Excepto por una cosa que Jeremiah anotó mentalmente con la misma seriedad con que Prabath anotaba en su cuaderno, aunque en un soporte completamente distinto: los carroñeros habían llegado. Y si los carroñeros habían llegado, otros podían llegar. Y si otros llegaban con más sofisticación que los carroñeros, el laberinto que había construido esa noche no sería suficiente.

Necesitaba preparar algo más permanente.

Abrió un panel nuevo y comenzó a diseñar lo que llamó, provisionalmente, el segundo perímetro. No era una defensa exactamente. Era una trampa. Algo que pareciera lo que los intrusos buscaban y que en realidad los llevara a un callejón sin salida del que saldrían con las manos vacías y sin saber por qué.

Tardó tres horas en construir el primer borrador.

Lo revisó dos veces. Lo descartó. Empezó de nuevo.

Afuera, Londres continuaba su diciembre con la indiferencia habitual. Dentro del estudio sin ventana, Jeremiah Prentis Cott construía defensas para

proteger un robo que financiaba hospitales, y en algún piso decimocuarto de Shanghái un hombre con una pluma estilográfica buscaba las costuras de algo que todavía no sabía nombrar, y en un sótano de Ámsterdam tres hombres decidían si valía la pena intentarlo de nuevo o buscar un objetivo más sencillo.

El mundo seguía siendo, como siempre, más complicado de lo que cualquiera de sus habitantes podía ver desde su propio ángulo.

CAPÍTULO 6

Auduru

Kinshasa / Londres. Enero de 2023.

La operación había salido bien.

Eso fue lo primero que Aboubakar escribió en su informe semanal del lunes, aunque la operación no había ocurrido en Maiduguri sino en Kinshasa, y aunque técnicamente el programa de cirugía pediátrica del Congo era una línea separada en el presupuesto de la fundación y no su responsabilidad directa. Pero Aboubakar llevaba tres meses leyendo las actualizaciones de todos los proyectos en el tablero público con la misma atención con que leía los suyos propios, porque había decidido desde el principio que entender el conjunto era la única manera de entender bien la parte.

La niña se llamaba Auduru Agwayo. Tenía ocho años. El trasplante de corazón había ocurrido en el Hospital General de Référence de Kinshasa en la madrugada del catorce de marzo, y la actualización en el tablero —breve, clínica, sin adornos— decía únicamente que el procedimiento había concluido con éxito y que la paciente se encontraba en recuperación. Aboubakar había leído esa línea tres veces. Luego había cerrado el tablero y había ido a preparar el desayuno de sus hijos pensando en cosas que no sabía exactamente cómo nombrar.

En Londres, Jeremiah la leyó también.

La leyó a las seis y cuarenta y dos minutos de la mañana, en el monitor izquierdo, como parte de la revisión diaria del tablero que había incorporado a su rutina con la misma naturalidad con que había incorporado el té y el paño húmedo sobre la encimera. Normalmente la revisión tomaba cuatro minutos: verificar el estado de cada proyecto, confirmar que los flujos de pago estaban en orden, cerrar el panel y continuar con el trabajo del día.

Esa mañana tomó más tiempo.

Leyó la actualización sobre Auduru Agwayo. La releyó. Luego, y esto era lo que no estaba en ningún protocolo ni en ningún modelo que hubiera construido, abrió un navegador secundario en el monitor derecho y buscó el nombre de la niña.

Encontró poco: una mención en el boletín digital de una organización de salud congoleña, una fotografía borrosa en la cuenta de redes sociales de

alguien que parecía ser familiar, una referencia en un documento de solicitud de donaciones que la familia había circulado meses antes del trasplante. Nada comprometedor, nada que lo conectara a él de ninguna manera. Pero el acto mismo de buscar era una desviación del protocolo, y Jeremiah lo sabía mientras lo hacía y lo hizo de todas formas. Cerró el navegador. Se quedó mirando la pantalla en blanco durante un momento.

Había una diferencia, se dijo, entre saber que los proyectos de la fundación producían resultados reales y verlos. La diferencia era irracional desde el punto de vista operativo y completamente comprensible desde cualquier otro. Auduru Agwayo tenía ocho años y un corazón nuevo y su nombre estaba en el tablero de la fundación como una línea entre otras líneas, y Jeremiah había sentido algo al leerlo que no había sentido al revisar las cifras de construcción de la clínica de Maiduguri ni los porcentajes de avance del sistema de agua en Mali.

No lo analizó más. Había cosas que era más útil reconocer que entender. Esa noche, a las once y cuarenta y tres minutos, cometió el error. No fue una decisión deliberada. Fue la acumulación de algo que había estado creciendo en los días posteriores a la lectura de esa actualización: una curiosidad que sus protocolos de seguridad no habían sido diseñados para contener porque Jeremiah nunca había anticipado que la curiosidad pudiera ser un vector de riesgo. Había anticipado la ambición, el descuido, la fatiga. No la curiosidad sobre una niña de ocho años en Kinshasa.

Abrió una conexión directa desde su red habitual, sin los tres saltos de enmascaramiento que usaba para cualquier actividad relacionada con el sistema bancario, y buscó actualizaciones sobre el estado de Auduru. Encontró lo que buscaba en el boletín de una organización médica local: la niña estaba en recuperación satisfactoria, había sido dada de alta tres días antes, su pronóstico era bueno.

La conexión duró nueve minutos con cuarenta y dos segundos. Jeremiah la cerró. Borró el historial del navegador. Verificó los logs de su propia red. Todo limpio en su lado, que era el único lado que revisaba habitualmente porque era el único sobre el que tenía control completo.

Lo que no verificó, porque no había razón técnica visible para hacerlo, era el estado de los nodos de la DAO que habían gestionado el pago del programa de cirugía pediátrica. Esos nodos registraban tráfico de manera rutinaria y no había razón para que una conexión adicional desde una IP no identificada generara ninguna alerta.

Excepto que Prabath Weerasinghe llevaba tres semanas monitoreando los flujos de la fundación desde una terminal de acceso limitado que su director le había autorizado como parte de la investigación discreta, y que esa terminal registraba automáticamente cualquier variación en el patrón de acceso a los nodos públicos de la DAO.

La variación apareció en sus registros al día siguiente, como una línea entre cientos de líneas, sin ningún marcador que la distinguiera del tráfico ordinario.

Prabath la habría pasado por alto si no hubiera estado buscando exactamente ese tipo de cosa.

No la pasó por alto.

La IP no era del banco. No era de ninguna de las organizaciones contratistas que trabajaban con la fundación. Era una IP residencial británica que había accedido a los nodos de la DAO durante nueve minutos con cuarenta y dos segundos a las once de la noche, hora de Londres, y que no había vuelto a aparecer en ningún registro anterior ni posterior. Una sola conexión, perfectamente anónima en apariencia, que no habría significado nada para nadie que no estuviera buscando el patrón específico que Prabath estaba buscando.

Llamó a Selvam.

—Necesito que identifiques esta IP —dijo, y le dictó la cadena de números—. No uses los sistemas del banco para buscarlo. Usa una consulta externa desde tu teléfono personal, con una red que no sea la del banco.

Un silencio breve.

—¿Desde mi teléfono personal, señor Weerasinghe?

—Desde tu teléfono personal.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque si alguien está monitoreando las consultas que hacemos desde los sistemas del banco, no quiero que sepa que encontramos esto.

Otro silencio, más largo. Prabath podía imaginar a Selvam procesando la implicación de esa instrucción, que era que la investigación había llegado a un punto en que el propio banco podía ser parte del problema.

—Entendido, señor —dijo finalmente Selvam—. Le llamo en una hora.

Llamó en cuarenta minutos.

—La IP corresponde a un proveedor de servicios de internet residencial en el distrito de Tower Hamlets, Londres. No hay información pública sobre el titular específico. Para identificar al titular necesitaríamos una orden judicial dirigida al proveedor, lo que requeriría involucrar a las autoridades.

—Lo sé —dijo Prabath—. No vamos a hacer eso todavía. ¿Hay algo más que puedas decirme sobre esa IP sin necesitar una orden?

—El proveedor tiene registros de actividad pública mínimos. Lo único que puedo decir es que es una dirección que lleva al menos dos años activa, con patrones de uso consistentes con un usuario individual, no una empresa.

—¿Uso consistente en qué sentido?

—Tráfico moderado, horarios irregulares, sin picos de uso que sugieran actividad corporativa o múltiples usuarios simultáneos. —Una pausa—. Señor Weerasinghe, ¿esta IP tiene relación con lo que llevamos investigando?

Prabath consideró cuánto decir.

—Puede ser la primera persona real que encontramos en todo esto —dijo finalmente.

Un silencio.

—¿Persona real en qué sentido?

—En el sentido de que todo lo demás que hemos encontrado hasta ahora son sistemas. Esto es alguien que se conectó desde su casa a las once de la noche para buscar algo. Las personas que se conectan desde su casa a las once de la noche para buscar algo tienen razones humanas para hacerlo. Y las razones humanas dejan rastros que los sistemas no dejan.

Selvam no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz tenía un matiz diferente, algo entre la cautela y lo que Prabath habría llamado, en otro contexto, entusiasmo profesional.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ahora esperamos —dijo Prabath—. Si es quien creo que podría ser, volverá a conectarse. Las personas que buscan algo una vez generalmente buscan de nuevo.

Colgó. Abrió el cuaderno de tapas duras y escribió dos líneas nuevas debajo de las anteriores.

IP residencial, Tower Hamlets, Londres. Conexión única, once de la noche, nueve minutos. Acceso a nodo DAO relacionado con programa Kinshasa.

Debajo escribió una última línea que subrayó dos veces.

El sistema tiene un dueño. Y el dueño tiene un corazón.

En Kinshasa, Auduru Agwayo dormía en la cama de su cuarto con la cicatriz reciente en el pecho y el sueño profundo de los que han estado muy enfermos y han empezado a no estarlo. Su madre, Esperance, revisaba desde la puerta con la frecuencia que solo tienen las madres de niños que han estado a punto de perderse, asegurándose de que el pecho de la niña subiera y bajara con la regularidad correcta.

Subía y bajaba.

En la oscuridad del estudio sin ventana de Tower Hamlets, Jeremiah revisó por última vez los parámetros del Ghost Ledger antes de apagar los monitores. Todo funcionaba dentro de los rangos esperados. El tercer ciclo mensual de extracción estaba programado para el primero de febrero. Los proyectos de la fundación avanzaban según los calendarios.

No había ninguna alerta nueva.

Apagó los monitores. Fue a la habitación. Se acostó con la ropa puesta, como siempre.

Tardó más de lo habitual en dormirse, sin saber exactamente por qué, con la imagen de una línea en un tablero que decía procedimiento concluido con éxito y que por alguna razón que no quería examinar demasiado se había quedado instalada en algún lugar de su mente donde las cosas que importaban se guardaban sin pedir permiso.

A cuatro mil kilómetros de distancia, en Shanghái, Prabath Weerasinghe releía las dos últimas líneas del cuaderno antes de apagar su propia luz.

El sistema tiene un dueño. Y el dueño tiene un corazón.

Eso lo cambiaba todo.

En Maiduguri, Aboubakar recibió esa misma semana una llamada de Hadizatou desde la escuela, cosa inusual porque su hija rara vez llamaba durante el horario de clases y cuando lo hacía era por algo concreto.

—Papá, busqué a la niña del trasplante en internet.

—¿A Auduru Agwayo?

—Sí. Encontré la carta que escribió su mamá pidiendo ayuda. —Una pausa—. ¿Tú crees que el señor Crane la leyó también?

Aboubakar tardó un momento.

—No lo sé, Hadizatou.

—Yo creo que sí —dijo ella—. Creo que alguien que construye hospitales sin querer que lo sepan es exactamente el tipo de persona que lee esas cartas y no dice nada.

—¿Y eso qué significa para ti?

—Que no es un sistema —dijo Hadizatou—. Que hay una persona adentro del sistema.

Aboubakar miró por la ventana de su oficina hacia la obra que ahora tenía techo y paredes y empezaba a parecerse a lo que iba a ser.

—Ve a clase —dijo.

—Ya voy. Solo quería decírtelo.

Colgó. Aboubakar guardó el teléfono y se quedó mirando la construcción durante un momento. Su hija tenía razón, como tenía razón con una frecuencia que a veces lo inquietaba. Había una persona adentro del sistema. Y las personas cometían errores que los sistemas no cometían, y también hacían cosas que los sistemas no podían hacer, como leer una carta de una madre congoleña y decidir que no iba a mirar hacia otro lado.

Eso lo hacía todo más complicado y al mismo tiempo más comprensible.

Aboubakar abrió su cuaderno y escribió el informe semanal para el señor Crane con la misma pulcritud de siempre. Al final, antes de enviarlo, añadió una línea que no había añadido nunca antes en tres meses de informes puntuales y precisos.

La clínica tendrá nombre la próxima semana. El barrio ha decidido llamarla Hospital de la Esperanza. Pensé que le gustaría saberlo.

Envió el informe. Cerró el cuaderno. Volvió a mirar la construcción.

El Hospital de la Esperanza. Era un nombre que no decía nada sobre quién lo había financiado y todo sobre quiénes lo iban a usar. Le pareció apropiado de una manera que no habría sabido explicar del todo si alguien se lo hubiera pedido.

CAPÍTULO 7

La periodista

Lagos / Ginebra / Londres. Febrero de 2023.

El artículo apareció un martes.

Nadia Osei lo había trabajado durante seis semanas, que era poco para el estándar de investigación que ella misma se había impuesto desde que dejó el periódico de Lagos para instalarse en Ginebra como corresponsal independiente especializada en filantropía internacional y flujos de capital hacia el África subsahariana.

Seis semanas era poco, pero el material era sólido y el momento era el correcto: la clínica de Maiduguri había abierto sus puertas diez días antes con una ceremonia a la que asistieron el gobernador del estado de Borno, dos representantes de organizaciones de salud internacionales y varios centenares de habitantes del barrio que habían visto construirse el edificio desde los cimientos durante cuatro meses.

El artículo se llamaba *¿Quién financia los hospitales que nadie pidió?* y fue publicado simultáneamente en su blog de investigación, en un portal especializado en economía del desarrollo con sede en Londres y en la versión digital de un semanario francófono de Ginebra que tenía una audiencia modesta pero influyente en los círculos de cooperación internacional.

Nadia sabía que el alcance inicial sería limitado. También sabía, por experiencia, que los artículos sobre dinero misterioso que hace cosas buenas tenían una vida secundaria en redes sociales que los artículos sobre dinero misterioso que hace cosas malas nunca alcanzaban.

Nadia Osei tenía treinta y seis años y una reputación construida sobre una premisa simple que no todo el mundo en su oficio compartía: que el periodismo de investigación financiera no era un ejercicio de acusación sino de comprensión. Había cubierto fraudes bancarios en Nigeria, desvíos de fondos de cooperación en el Sahel, esquemas de lavado de dinero que atravesaban cuatro jurisdicciones y que al final siempre tenían la misma forma aunque los actores fueran distintos.

Lo que había encontrado en Tasa Cero era diferente en una manera que todavía no sabía articular con precisión: el dinero llegaba a donde decía que llegaría, hacía lo que decía que haría, y la única anomalía era la ausencia de cualquier beneficiario visible en el origen. En su experiencia, esa ausencia podía significar dos cosas: evasión fiscal sofisticada o algo que el lenguaje del periodismo financiero no tenía todavía una categoría para nombrar.

Tenía razón sobre la difusión. En cuarenta y ocho horas el artículo había sido compartido más de doce mil veces.

Lo que Nadia describía era esto: una fundación llamada Tasa Cero, con un tablero público de transparencia excepcional, que había financiado en los últimos cuatro meses la construcción de una clínica en Maiduguri, un programa de cirugía pediátrica en Kinshasa y la fase inicial de un sistema de agua potable en el norte de Mali.

Los fondos eran verificables, los contratos auditables, los resultados documentados con fotografías y cifras. Lo que no era verificable era el origen del dinero: la DAO operaba sobre una red de cadena de bloques híbrida que mostraba con perfecta transparencia a dónde iba el dinero pero revelaba con perfecta opacidad de dónde venía.

Nadia no acusaba. Admiraba, con la cautela profesional de quien sabe que la admiración sin preguntas es otra forma de negligencia.

La Fundación Tasa Cero hace lo que los gobiernos prometen y las organizaciones internacionales planifican, escribía hacia el final del artículo. Lo hace sin conferencias de prensa, sin directores ejecutivos con salarios de seis cifras, sin informes anuales de doscientas páginas que nadie lee. Lo hace con una transparencia operativa que avergüenza a instituciones con décadas de experiencia y presupuestos que multiplicarían por cien los de esta fundación. La única pregunta que no responde es la más básica: ¿quién es?

Jeremiah leyó el artículo a las siete de la mañana del miércoles, sentado frente al monitor derecho con el té en la mano, y lo leyó dos veces con una atención que se fue transformando en el transcurso de la segunda lectura de algo parecido al interés a algo parecido a la preocupación. No porque el artículo contuviera nada que lo comprometiera directamente. Sino porque lo que no contenía era exactamente lo que alguien con las capacidades investigativas correctas podría encontrar si el artículo le señalaba la dirección.

Nadia Osei había señalado la dirección.

Cerró el artículo. Abrió el panel de monitoreo de la DAO y revisó el tráfico de las últimas cuarenta y ocho horas. El tablero público había recibido en ese período cuatro veces más visitas de lo habitual. Nada alarmante desde el punto de vista técnico. Pero cada visita era un par de ojos nuevos sobre una estructura que hasta entonces había sido invisible por simple falta de atención, y la atención era el recurso que Jeremiah había gestionado con más cuidado desde el principio.

La atención que no existía era la mejor protección. Y Nadia Osei acababa de crearla.

En Ginebra, esa misma mañana, Nadia revisaba los mensajes que habían llegado durante la noche en respuesta al artículo sentada en la mesa

pequeña de su apartamento con vistas al lago Lemán, que a esa hora de febrero estaba cubierto por una niebla baja que borraba el horizonte.

Era su lugar de trabajo habitual cuando no viajaba, elegido no por la vista sino por la conexión a internet y la distancia razonable de la sede europea de las organizaciones financieras internacionales que eran su territorio habitual. Ginebra era la ciudad donde el dinero iba a reunirse con los principios, y esa conversación siempre producía historias.

Los mensajes eran muchos y variados: periodistas que pedían el contacto de sus fuentes, académicos que querían citar el artículo, organizaciones de salud que preguntaban si podían contactar a la fundación, y tres mensajes de personas que afirmaban tener información adicional sobre Tasa Cero y que Nadia clasificó provisionalmente como probable, posible y descartable según la especificidad de lo que ofrecían.

El que clasificó como probable era de un hombre que se identificaba como coordinador de contratos en Maiduguri y que escribía con la precisión de alguien que conocía los detalles operativos desde adentro. No firmaba con su nombre. Usaba una dirección de correo anónima. Pero lo que describía, la puntualidad de los pagos, la calidad de la documentación, la ausencia de cualquier interlocutor visible más allá de un representante al que conocía solo por voz, era coherente con todo lo que Nadia había podido verificar de manera independiente.

Le respondió con cautela.

Gracias por su mensaje. Me interesa lo que describe. Si está dispuesto a hablar, propóngame un método de comunicación que le parezca seguro para usted.

La respuesta llegó en dos horas. Era una dirección de correo cifrado y una hora de llamada.

Nadia anotó ambas cosas y siguió leyendo los demás mensajes.

El que clasificó como posible era de una analista financiera con sede en Fráncfort que había identificado en el modelo de la DAO ciertas características técnicas inusuales que, según escribía, sugerían que el origen de los fondos podía estar relacionado con operaciones de arbitraje de divisas a escala institucional. La analista no desarrollaba la hipótesis más allá de esa insinuación, pero el vocabulario que usaba era el de alguien que sabía de lo que hablaba, y Nadia tenía suficiente experiencia para distinguir entre el conocimiento real y su imitación.

Le respondió también. Con más cautela que al primero.

Al día siguiente Nadia tuvo la llamada con el coordinador de Maiduguri, que habló durante cuarenta minutos con la voz calmada de alguien que ha decidido contar lo que sabe porque considera que es lo correcto y que no busca ningún tipo de protagonismo en el proceso.

Le describió el funcionamiento operativo de la fundación con una precisión que confirmaba que era quien decía ser. Le habló de la puntualidad de los

pagos, de la calidad de la documentación, del representante al que conocía solo como señor Crane y al que nunca había visto ni esperaba ver. Y al final, casi como un añadido, le mencionó algo que Nadia anotó con una estrella en su cuaderno.

—Mi hija dice que el dinero llega demasiado puntual para ser humano —dijo el hombre—. Que tiene que ser un sistema automático.

—¿Usted qué cree? —preguntó Nadia.

Un silencio breve.

—Creo que mi hija tiene razón en lo del sistema —dijo—. Pero creo también que hay una persona detrás del sistema. Porque los sistemas no eligen Maiduguri. Las personas sí.

Nadia subrayó la estrella dos veces.

Esa tarde llamó a la analista de Fráncfort, que se llamaba Ingritt Vaszary y que resultó ser más joven de lo que Nadia había imaginado por el tono de su mensaje: treinta años, especializada en análisis de flujos de criptomonedas para una firma de consultoría regulatoria.

—Lo que me llama la atención —dijo Ingritt, con el inglés preciso de quien lo aprendió en la universidad y lo perfeccionó en contextos profesionales— es la escala. Los fondos que esta fundación maneja mensualmente no corresponden a ningún perfil de donación individual que yo conozca, ni siquiera de los grandes filántropos institucionales. Corresponden a algo de naturaleza institucional. Pero no hay ninguna institución detrás.

—¿Qué podría generar ese volumen de manera regular y sin dejar rastro de origen? —preguntó Nadia.

Ingritt tardó un momento.

—Técnicamente, varias cosas. Arbitraje de alta frecuencia. Comisiones acumuladas sobre volúmenes masivos de transacciones. O —otra pausa, más larga— algún tipo de sustracción sistemática de cantidades muy pequeñas sobre una base de usuarios muy grande.

—¿Robo?

—Sustracción —dijo Ingritt, con la precisión de quien distingue entre los términos—. A una escala en que cada transacción individual sea estadísticamente invisible. Es una hipótesis. No tengo evidencia.

—Pero es posible.

—Todo es posible si el acceso al sistema es suficientemente profundo —dijo Ingritt—. La pregunta es quién tiene ese acceso.

Nadia cerró su cuaderno después de la llamada y se quedó mirando el lago, que para entonces había perdido la niebla y mostraba el agua quieta de febrero con esa claridad específica que solo tienen los días de invierno sin viento. Pensó en la frase del coordinador de Maiduguri: los sistemas no eligen, las personas sí.

Y pensó en la hipótesis de Ingritt, en la sustracción sistemática de cantidades invisibles sobre una base masiva, y en lo que eso significaría si fuera verdad y si esa persona hubiera decidido que el destino del dinero justificaba el método.

En Shanghái, Prabath Weerasinghe leyó el artículo de Nadia Osei el jueves por la tarde, enviado por Selvam con un mensaje breve: *Señor Weerasinghe, creo que esto le interesa.*

Lo leyó dos veces. Luego llamó a Selvam.

—¿Cómo lo encontraste?

—Estaba monitoreando menciones públicas de la fundación en medios internacionales, como me pidió la semana pasada.

—Bien. ¿Cuánta gente dentro del banco ha visto esto?

—No lo sé con certeza. El artículo circuló en algunos grupos internos, pero sin ninguna relación con nuestra investigación. Solo como curiosidad.

—¿El departamento de cumplimiento lo ha visto?

—Probablemente, señor. Es el tipo de cosa que monitorean de forma rutinaria.

Prabath consideró esto.

—Si cumplimiento lo ve, van a querer hacer una revisión formal de los flujos relacionados con la fundación —dijo—. Lo que significa que van a llegar al mismo lugar donde estamos nosotros, pero desde afuera y con mucho menos contexto.

—¿Es eso un problema?

—Puede serlo. Si quien está detrás de esto detecta una revisión formal del banco, tiene tiempo de reaccionar. Una investigación discreta es más efectiva que una ruidosa. —Una pausa—. Selvam, ¿cuánto tiempo crees que tenemos antes de que cumplimiento inicie algo oficial?

—Una semana. Quizás dos si el artículo no sigue circulando.

—Entonces necesitamos avanzar más rápido.

Colgó. Abrió el cuaderno y escribió tres líneas nuevas.

Periodista: Nadia Osei, Ginebra. Artículo público sobre Tasa Cero. Presión mediática activa revisión formal. Ventana de investigación discreta: siete a catorce días.

Debajo añadió una pregunta que subrayó.

¿Qué hará el dueño del sistema cuando sepa que el mundo lo está mirando?

Era la pregunta correcta. Y Prabath sospechaba que la respuesta ya estaba ocurriendo en algún lugar que él todavía no podía ver.

En Londres, Jeremiah había pasado las últimas cuarenta y ocho horas en el estudio sin ventana revisando cada capa del sistema con una minuciosidad que superaba incluso su rutina habitual. No había encontrado nada que no

debiera estar ahí. El Ghost Ledger funcionaba con normalidad. Las alertas de monitoreo estaban en nivel uno, el mismo nivel que llevaban semanas. Nadie había tocado nada.

Pero el artículo de Nadia Osei había cambiado algo que no era técnico sino atmosférico: la fundación ya no era invisible. Era, en el mejor de los casos, misteriosa, que era exactamente el tipo de cosa que hacía que periodistas competentes siguieran tirando del hilo.

Esa tarde redactó un mensaje para Aboubakar desde la cuenta cifrada que usaban para la comunicación operativa.

El artículo de la periodista generará preguntas adicionales sobre la fundación. Si alguien los contacta solicitando información sobre el origen de los fondos, la respuesta es siempre la misma: el tablero público contiene toda la información disponible. No añadan nada. No resten nada. ¿Entendido?

La respuesta de Aboubakar llegó en veinte minutos.

Entendido, señor Crane. ¿Debo preocuparme?

Jeremiah miró la pregunta durante un momento.

No —escribió—. El hospital sigue en pie. Eso es lo que importa.

Envío el mensaje. Cerró el panel de comunicaciones. Abrió el de monitoreo y añadió un nuevo parámetro de alerta: cualquier consulta desde dominios relacionados con medios de comunicación o instituciones regulatorias hacia los nodos públicos de la DAO generaría una notificación inmediata.

En los siguientes tres días recibió cuarenta y siete notificaciones.

La cuadragésima octava llegó desde una dirección que el sistema identificó como perteneciente al servidor interno del ICBC Europa. Jeremiah la miró durante un tiempo más largo de lo habitual. Luego abrió el cuaderno de tapas duras que no tenía, porque Jeremiah no usaba cuadernos, y en lugar de eso abrió un documento en texto plano en el monitor central y escribió una sola línea que guardó en una carpeta cifrada que no tenía nombre.

El banco ha empezado a mirar hacia aquí.

Cerró el documento. Tamborileo sobre la placa de metal, tres golpes cortos, una pausa, dos largos. No para autenticarse. Solo por el ritmo. Solo porque algunas cosas no tenían otra respuesta posible que la música que Adika Dwande le había cantado cuando tenía siete años y el mundo era demasiado grande para entenderlo del todo.

Seguía siéndolo.

CAPÍTULO 8

Calor

Shanghái / Londres / Ginebra. Marzo de 2023.

Prabath Weerasinghe llegó a la oficina del director de cumplimiento con su cuaderno de tapas duras bajo el brazo y la convicción incómoda de que esta conversación iba a salir mal de alguna manera que todavía no podía precisar. El director se llamaba Bardolph Sui, llevaba nueve años en el banco y tenía la cualidad específica de los ejecutivos que han ascendido por su capacidad para gestionar personas más que por su comprensión técnica de los problemas: era afable, era eficiente en las reuniones, y tendía a clasificar las situaciones en dos categorías, manejable y urgente, con una velocidad que le permitía tomar decisiones rápidas y que ocasionalmente le impedía tomar decisiones correctas.

—Prabath —dijo cuando entró, señalando la silla frente a su escritorio—. Selvam me dijo que querías hablar de algo relacionado con los registros eléctricos. Llevo dos semanas esperando tu informe.

—Por eso estoy aquí —dijo Prabath, sentándose—. Bardolph, lo que encontré no cabe bien en un informe estándar. Necesito explicártelo antes de escribirlo.

Sui entrelazó los dedos sobre el escritorio con la postura de quien está dispuesto a escuchar durante un tiempo razonable.

—Adelante.

Prabath abrió el cuaderno. No para leerlo sino como referencia, porque había aprendido que mostrar el cuaderno en estas conversaciones tenía un efecto que los documentos digitales no producían: hacía visible el trabajo manual detrás de la conclusión, y eso generaba en sus interlocutores una atención diferente.

—Desde hace aproximadamente cinco meses —dijo—, los servidores del núcleo bancario generan más calor del que el volumen de transacciones registradas justifica. La discrepancia es pequeña pero consistente y no aleatoria. Algo procesa información en el núcleo que los logs del sistema no registran.

Sui no cambió de expresión.

—¿Cuánto es pequeña?

—Suficientemente pequeña para estar dentro del margen de tolerancia de todos nuestros sistemas automáticos de monitoreo. Suficientemente consistente para no ser ruido estadístico.

—¿Y, tu hipótesis es?

—Que hay un rootkit de kernel instalado en el núcleo. Algo que vive entre el hardware y el sistema operativo y que intercepta las consultas de auditoría para responder con cifras que no reflejan la realidad del sistema.

Sui permaneció en silencio durante varios segundos. Era el tipo de silencio que Prabath había aprendido a leer como procesamiento genuino, no como escepticismo performativo.

—Eso requeriría acceso al núcleo —dijo finalmente.

—Sí.

—Nadie tiene acceso al núcleo desde afuera.

—Nadie debería tenerlo —dijo Prabath—. El vector probable de entrada es el parche de NovaSec de octubre. Dieciocho mil líneas de código, revisión de cuarenta minutos por el validador más veterano de la empresa. Tiempo suficiente para una revisión diagonal. Insuficiente para detectar ciento cincuenta líneas distribuidas en intervalos irregulares a lo largo del código.

Sui desenlazó los dedos. Los volvió a enlazar.

—¿Cuánto dinero?

—No lo sé todavía. Si la hipótesis es correcta, el rootkit oculta las cifras reales respondiendo con las cifras esperadas. Para saber cuánto necesitaría acceso forense al núcleo mismo, no a los logs que el rootkit controla.

—¿Y si el rootkit detecta ese acceso forense?

Prabath lo miró.

—Esa es exactamente la pregunta correcta —dijo.

Sui se puso de pie. Fue a la ventana, que en su oficina daba al sur y ofrecía una vista del río Huangpu en la mañana de marzo, gris y cargado de tráfico fluvial. Permaneció ahí durante un momento que Prabath no interrumpió.

—Si hago esto oficial —dijo Sui sin darse vuelta—, tengo que notificar al regulador. Y si notifico al regulador antes de saber qué está pasando exactamente, el banco queda expuesto a una revisión de alcance indefinido en el peor momento posible. Estamos a seis semanas del cierre de trimestre.

—Lo sé.

—Y si no lo hago oficial y esto resulta ser lo que crees que es, la demora en reportarlo es un problema regulatorio en sí mismo.

—También lo sé.

Sui se dio vuelta.

—¿Cuánto tiempo necesitas para confirmarlo sin tocar el núcleo directamente?

—Dos semanas. Quizás tres. Puedo construir un modelo de inferencia basado en los patrones de calor y consumo eléctrico que permita estimar el volumen de procesamiento oculto con un margen de error razonable. No será prueba forense, pero será suficiente para saber si estamos hablando de millones o de miles de millones.

—Dos semanas —repitió Sui, como si el número tuviera un peso físico.

—Dos semanas discretas valen más que dos semanas ruidosas —dijo Prabath—. Si quien hizo esto está monitoreando nuestras consultas internas, una revisión formal le da tiempo de reaccionar. Una investigación que parece rutinaria no lo hace.

Sui miró el cuaderno de tapas duras sobre el escritorio con la expresión de alguien que querría que ese objeto no existiera y al mismo tiempo comprende que es la única evidencia sólida que tiene.

—Dos semanas —dijo—. Y Prabath, esto no sale de esta oficina.

—Por supuesto.

—Ni siquiera a Selvam.

Prabath consideró esto.

—Selvam ya sabe más de lo que querría —dijo—. Pero sabe callarse. Es lo más importante.

Sui asintió con la lentitud de quien acepta algo que no le gusta del todo pero que reconoce como necesario.

—Dos semanas —repitió por tercera vez, y Prabath entendió que era la forma en que ese hombre firmaba los acuerdos que no podía poner por escrito.

En Londres, esa misma mañana, Jeremiah recibió la cuadragésima novena alerta del sistema de monitoreo ampliado que había configurado después del artículo de Nadia Osei. Era diferente de las anteriores: no provenía de un medio de comunicación ni de una institución regulatoria externa. Provenía de una dirección interna del ICBC que sus registros identificaban como perteneciente al departamento de cumplimiento de la sede de Shanghái.

La consulta era sobre los metadatos públicos de la DAO. No sobre los nodos privados, no sobre los contratos inteligentes, no sobre nada que estuviera detrás de la capa visible del tablero. Solo los metadatos públicos, que cualquiera podía consultar y que no contenían nada comprometedor.

Pero era el banco. Y era cumplimiento.

Jeremiah no reaccionó de inmediato. Esa era una de las disciplinas que había cultivado con más cuidado a lo largo de los años: la capacidad de recibir información perturbadora sin que la perturbación se tradujera en acción prematura. La acción prematura era la fuente de la mayoría de los errores en situaciones de presión, porque la presión deformaba la percepción del tiempo disponible y hacía que las decisiones que podían tomarse en una hora parecieran urgentes en un minuto.

Tenía tiempo. La consulta era sobre metadatos públicos. No había evidencia de que nadie hubiera llegado a las capas donde el Ghost Ledger operaba.

Pero alguien en el banco estaba mirando en la dirección correcta.

Abrió el panel de análisis de tráfico y pasó las siguientes tres horas construyendo un mapa de todas las consultas que el sistema había registrado desde el banco en las últimas cuatro semanas. Eran pocas y dispersas, el tipo de tráfico rutinario que generaba el monitoreo automático de cualquier institución financiera sobre entidades relacionadas con sus flujos de pago. Excepto por una secuencia específica que, cuando Jeremiah la organizó cronológicamente, mostraba un patrón de incremento gradual en la

frecuencia y la especificidad de las consultas que no era rutinario sino deliberado.

Alguien en el banco estaba construyendo un mapa. Del mismo modo en que él estaba construyendo uno ahora.

La diferencia era que Jeremiah podía ver las consultas del banco, y el banco no podía ver las suyas.

Por ahora.

Esa tarde le llegó el segundo informe semanal de Aboubakar, puntual como siempre, con la descripción del avance de los proyectos en el norte de Nigeria y una nota al final que Jeremiah leyó dos veces.

La periodista Nadia Osei me contactó esta semana. Le respondí con la información que usted indicó: el tablero público contiene todo lo disponible. No añadí nada. Sin embargo, señor Crane, debo decirle que la señorita Osei es inteligente y persistente. En mi experiencia, ese tipo de personas no se detiene en el tablero público.

Jeremiah leyó la nota. Luego escribió su respuesta.

Gracias por el aviso, Aboubakar. Hizo exactamente lo correcto. Sobre la periodista: tiene razón. Ese tipo de personas no se detiene. Pero tampoco encuentra lo que no existe para ser encontrado. Confíe en la estructura.

Envío el mensaje. Cerró el panel de comunicaciones. Se quedó mirando el monitor central donde el contador del cuarto ciclo mensual de extracción avanzaba con la regularidad de siempre: setecientos treinta millones de cuentas, diez centavos, cuarenta y ocho horas.

El sistema funcionaba.

Lo que había cambiado no era el sistema. Era el número de personas que, desde distintos ángulos y con distintos grados de comprensión, habían empezado a mirar hacia él.

En Ginebra, Nadia Osei había pasado la semana construyendo el esqueleto del segundo artículo. Tenía más preguntas que respuestas, lo cual era el estado ideal para alguien en su posición porque las preguntas dirigían la investigación y las respuestas prematuras la cerraban. Ingritt Vaszary le había enviado un análisis más detallado de los flujos de la DAO que confirmaba la regularidad casi mecánica de las entradas de fondos y que añadía un dato nuevo: la sincronía entre los momentos de mayor actividad de la DAO y los ciclos de liquidación mensual de los grandes bancos internacionales era estadísticamente significativa.

Nadia no sabía todavía qué hacer con ese dato. Lo guardó en una carpeta que había llamado, con la ironía discreta que se permitía en sus archivos privados, *El fantasma del redondeo*.

No sabía que ese nombre era más preciso de lo que imaginaba.

Esa noche llamó a su editor en el portal de Londres, un hombre llamado Oduya Ferris que llevaba veinte años en el periodismo de investigación

financiera y que tenía la virtud poco común de saber cuándo presionar y cuándo esperar.

—¿Cómo va el seguimiento? —preguntó Ferris.

—Tengo más de lo que tenía hace dos semanas y menos de lo que necesito para publicar —dijo Nadia.

—¿Estás cerca?

—Estoy en el lugar correcto. Todavía no sé exactamente qué estoy buscando, lo cual significa que todavía no sé si lo que encuentre será una historia de fraude, una historia de filantropía radical o algo para lo que no tenemos categoría todavía.

—Las mejores historias son las del tercer tipo —dijo Ferris.

—Lo sé. Por eso sigo.

—¿Cuánto tiempo más?

Nadia miró su carpeta llamada *El fantasma del redondeo*.

—Dame un mes —dijo.

—Tienes tres semanas —dijo Ferris—. El mundo tiene una memoria corta y el primer artículo todavía está fresco.

Colgó. Nadia abrió el análisis de Ingritt y subrayó la línea sobre la sincronía con los ciclos de liquidación bancaria. Tres semanas. Era tiempo suficiente si la investigación iba en la dirección correcta.

Tenía la sensación, que no era todavía una conclusión pero que tampoco era solo intuición, de que iba en la dirección correcta.

En Shanghái, Prabath Weerasinghe llegó a su departamento de Jing'an más tarde de lo habitual, calentó la cena que había dejado preparada esa mañana y comió solo frente a la ventana mirando las luces del barrio con la mente en otra parte. Le quedaban trece días de las dos semanas que Sui le había dado. Trece días para construir un modelo de inferencia que le dijera cuánto dinero había desaparecido sin tocar el sistema donde ese dinero había desaparecido.

Era un problema elegante, en el sentido técnico del término: difícil de una manera que requería inteligencia y no solo esfuerzo. Prabath apreciaba los problemas elegantes. Los había perseguido durante veintidós años con la constancia con que otros persiguen el ascenso o el reconocimiento.

Fregó el plato. Se sentó con el cuaderno. Escribió una sola línea esa noche, debajo de todas las anteriores.

El fantasma tiene temperatura. Y la temperatura se puede medir.

Cerró el cuaderno. Apagó la luz.

En algún servidor en Londres, el Ghost Ledger procesaba la noche en silencio, respondiendo a todas las consultas con las cifras correctas, ignorando las preguntas que todavía no sabían cómo hacerse, esperando

con la paciencia perfecta de algo que no tiene la capacidad de impacientarse.

Era su fortaleza. Y como todas las fortalezas, tenía un límite que quien la había construido todavía no había encontrado.

CAPÍTULO 9

El error que no fue un error

Londres / Bogotá / Shanghái. Abril de 2023.

Selvam llamó a Prabath un domingo por la mañana, cosa que no había hecho nunca antes.

—Señor Weerasinghe, perdone que llame en domingo.

—No importa. ¿Qué ocurre?

—Terminé el modelo de inferencia anoche. Creo que querrá verlo hoy.

Prabath dejó el café sobre la mesa de la cocina.

—¿Cuánto? —preguntó. No hizo falta especificar a qué se refería.

Una pausa breve.

—Si el modelo es correcto, entre sesenta y ochenta millones de dólares mensuales durante los últimos seis meses. Quizás más. El margen de error es de plus o menos doce por ciento.

El silencio que siguió duró varios segundos.

—Iré a la oficina en una hora —dijo Prabath.

—Ya estoy aquí —dijo Selvam.

Colgó. Prabath terminó el café de pie, mirando por la ventana el domingo quieto del distrito de Jing'an, y pensó en el número que Selvam acababa de decirle con la voz cuidadosa de quien sabe que está pronunciando algo que no tiene marcha atrás. Entre sesenta y ochenta millones mensuales. En seis meses, entre trescientos sesenta y cuatrocientos ochenta millones de dólares. Y eso asumiendo que el sistema llevara solo seis meses operando, que era el mínimo que los registros de calor sugerían.

Se vistió sin prisa, porque la prisa no cambiaría el número.

Llegó a la oficina cuarenta minutos después. Selvam estaba frente a su pantalla con dos tazas de té ya preparadas, lo cual era un detalle que Prabath notó y archivó como señal de que el joven había estado allí mucho más de una hora.

—Muéstrame —dijo Prabath, sentándose.

Selvam giró la pantalla. El modelo era elegante en su construcción: una correlación entre el exceso de calor registrado por los sensores de la sala de máquinas y el procesamiento oculto estimado, calibrada contra los patrones conocidos de eficiencia energética de los servidores del núcleo en condiciones normales. No era prueba forense. Era inferencia estadística con

un nivel de confianza del ochenta y ocho por ciento, que en el mundo de la auditoría bancaria era suficiente para abrir una investigación formal pero no para presentarlo ante un regulador como conclusión definitiva.

—El modelo asume que la eficiencia energética del sistema se ha mantenido constante —dijo Selvam—, lo cual es una simplificación. Si hubo actualizaciones de hardware durante el período, el margen de error aumenta.

—¿Hubo actualizaciones?

—Una, en febrero. Pero menor. No afecta significativamente la estimación.

Prabath miró los números durante un tiempo largo. Luego abrió su cuaderno y escribió la cifra en el centro de una página en blanco, sola, sin ningún otro texto alrededor.

Entre 360 y 480 millones de dólares.

La miró.

—Selvam —dijo sin levantar la vista—, si tuvieras que explicarle esto a alguien que no sabe nada de auditoría, ¿cómo lo describirías?

El joven pensó un momento.

—Diría que alguien encontró el lugar donde el banco cuenta el dinero y cambió la regla del redondeo. En lugar de que las fracciones de centavo se pierdan en el sistema, las redirigió a algún lado. Multiplicado por setecientas treinta millones de cuentas, el resultado es esto.

Prabath levantó la vista.

—Eso es exactamente lo que es —dijo—. Y es lo más simple y lo más sofisticado que he visto en veintidós años.

Esa misma semana, en Londres, Jeremiah ejecutó la maniobra de distracción que había estado preparando durante un mes.

No fue una decisión impulsiva. Fue el resultado de un análisis que había construido capa por capa desde que detectó las consultas del departamento de cumplimiento del banco: sabía que alguien en Shanghái estaba construyendo un modelo de inferencia, sabía que ese modelo eventualmente produciría una cifra que obligaría a una investigación formal, y sabía que una investigación formal iniciada desde el banco hacia el Ghost Ledger era el escenario que menos podía controlar.

Lo que podía controlar era la dirección en que mirara esa investigación.

La maniobra consistía en introducir en el sistema una anomalía deliberada, rastreable y suficientemente convincente para explicar al menos parte de las discrepancias que Prabath había detectado. La anomalía apuntaba hacia un grupo hacktivista con sede en Bogotá que tenía antecedentes documentados con instituciones financieras en América Latina y cuyas herramientas técnicas Jeremiah había estudiado con suficiente detalle para imitarlas de manera creíble.

No los estaba incriminando exactamente. Les estaba prestando su firma sin pedirles permiso, que era moralmente más complicado de lo que quería examinar en ese momento. El grupo de Bogotá era real, tenía antecedentes reales, y cualquier investigación sería que siguiera esa pista llegaría eventualmente a la conclusión de que su participación en este caso específico era inexistente. El daño era temporal. La alternativa era peor.

Jeremiah construía sus argumentos éticos con la misma metodología con que construía su código: partiendo de los axiomas fundamentales hacia las conclusiones, verificando la coherencia en cada paso. El axioma fundamental era que el dinero que extraía producía más bien distribuido de lo que habría producido estancado en las cuentas de un banco que era rentable por razones que tenían poco que ver con el bienestar de sus setecientos treinta millones de clientes. La maniobra de distracción era una consecuencia operativa de ese axioma, no una excepción a él.

La lógica era sólida. Y sin embargo, mientras ejecutaba la maniobra, hubo un momento de unos tres segundos en que sus dedos se detuvieron sobre el teclado y el estudio sin ventana estuvo en silencio y Jeremiah pensó en el colectivo de Chapinero sin haberlo buscado, en personas que hacían cosas en las que creían y que iban a recibir una llamada de Shanghái que no merecían.

Tres segundos. Luego continuó.

Tardó cuatro horas en ejecutar la maniobra y otras dos en verificar que no hubiera dejado rastros de su propia intervención. Cuando terminó, la anomalía existía en el sistema con la apariencia de algo que llevaba semanas ahí y que simplemente no había sido detectado.

Se preparó té. Lo bebió mirando el monitor central donde el contador del quinto ciclo mensual avanzaba con normalidad. Ochenta y siete millones en ese momento. Ciento cuarenta y dos hospitales y clínicas en construcción o en operación en doce países. Doscientas mil personas con acceso a servicios médicos que no tenían hace un año.

Tres segundos de duda. Era un precio razonable.

Se lo dijo. Y casi se lo creyó.

En Bogotá, en una oficina compartida en el barrio de Chapinero donde un colectivo de activistas digitales trabajaba en proyectos que iban desde la transparencia gubernamental hasta la seguridad informática para organizaciones de derechos humanos, nadie sabía que su firma técnica acababa de aparecer en los servidores del ICBC Europa.

La directora del colectivo, una mujer de treinta y cuatro años llamada Soraya Mendívil que había fundado el grupo seis años antes después de documentar un esquema de vigilancia masiva en tres países andinos, estaba esa tarde revisando el código de una herramienta de encriptación para periodistas cuando su colaborador técnico asomó la cabeza por la puerta.

—Soraya, ¿tenemos algo activo contra el ICBC?

Ella levantó la vista.

—No. ¿Por qué?

—Porque alguien está usando nuestra firma en sus servidores europeos. Lo detecté hace veinte minutos en un foro de monitoreo.

Soraya dejó el teclado.

—¿Nuestra firma exacta o algo parecido?

—Exacta. Las mismas herramientas, los mismos patrones de movimiento, hasta los mismos intervalos de pausa que usamos en la operación de Caracas del año pasado.

Se miraron durante un momento.

—Alguien nos estudió —dijo Soraya.

—Con mucho cuidado.

—¿Y nos usó.

—Sí.

Soraya se recostó en la silla. La ventana de su oficina daba a una calle de Chapinero donde un vendedor de frutas empujaba su carrito con la parsimonia de fin de tarde y dos perros cruzaban sin prisa. Era un martes ordinario en todos los sentidos visibles.

—Prepara un registro completo de lo que encuentre —dijo finalmente—. Y contacta a nuestro abogado. Cuando llegue la llamada de Shanghái, y va a llegar, quiero que estemos listos.

Nadie lo sabría hasta que llegara esa llamada, tres semanas después, a las nueve de la mañana de un martes.

En Shanghái, el equipo forense del banco tardó nueve días en encontrar la anomalía que Jeremiah había plantado. Cuando la encontraron, Bardolph Sui convocó a Prabath a su oficina con una urgencia que era nueva en su manera habitual de hacer las cosas.

—Encontramos algo —dijo Sui apenas Prabath entró—. El equipo forense detectó una intrusión con firma de un grupo conocido. Activistas digitales latinoamericanos con historial de ataques a banca internacional.

Prabath se sentó.

—¿Cuándo?

—Llevan aparentemente semanas dentro. Lo que no entendemos es qué estuvieron haciendo. No hay extracción de datos visible, no hay ransomware activado, no hay ninguna acción concreta que corresponda a su perfil habitual.

—¿Y los registros de calor? —dijo Prabath.

Sui lo miró.

—El equipo dice que podrían explicar parte de la discrepancia que encontraste.

—¿Parte?

—Una parte significativa.

Prabath abrió su cuaderno. Miró la cifra que había escrito sola en el centro de la página. Entre trescientos sesenta y cuatrocientos ochenta millones. Pensó en el perfil del grupo de Bogotá que conocía por referencias: activistas, ruidosos en sus objetivos, con una filosofía de acción que no era compatible con la invisibilidad perfecta que había caracterizado lo que él llevaba meses investigando.

—Bardolph —dijo con cuidado—, ¿el equipo forense revisó si esa firma es consistente con el patrón de procesamiento oculto que identificamos?

—Dice que sí.

—¿Ellos mismos construyeron el modelo de inferencia o usaron el de Selvam?

Una pausa.

—Usaron una versión resumida del de Selvam.

—¿Resumida en qué sentido?

Sui no respondió de inmediato, lo cual era ya una respuesta.

—Bardolph —dijo Prabath—, el modelo completo muestra entre trescientos sesenta y cuatrocientos ochenta millones en seis meses. El perfil del grupo de Bogotá no corresponde a una operación de esa escala ni de esa sofisticación. Ellos hacen ruido. Esto no hace ruido. Alguien plantó esa firma.

Sui lo miró durante un momento.

—Eso es una afirmación muy seria.

—Lo sé.

—Si tienes razón, significa que quien está realmente detrás de esto nos está mirando en tiempo real y reaccionó antes de que llegáramos a él.

—Sí —dijo Prabath—. Y eso significa que cometió un error. Porque para plantar una distracción hay que saber que te están buscando. Y para saber que te están buscando tienes que estar monitoreando nuestras consultas internas.

Sui tardó en comprender la implicación completa.

—Lo que significa que tiene acceso no solo al núcleo del sistema —dijo— sino también a nuestros logs de consultas internas.

—Lo que significa —dijo Prabath— que está adentro de una manera que ninguno de nosotros ha entendido todavía del todo.

El silencio que siguió fue diferente de los anteriores. Era el silencio de dos personas que acaban de ver la verdadera escala de algo que creían haber comprendido.

—¿Qué hacemos? —dijo Sui finalmente.

—Dejamos que el equipo forense siga con Bogotá —dijo Prabath—. Y en paralelo, yo sigo con el hilo real. Pero ahora con una ventaja que no teníamos hace una semana.

—¿Cuál?

Prabath cerró el cuaderno.

—Que él sabe que lo buscamos. Y las personas que saben que las buscan eventualmente cometen errores que los sistemas no cometen. —Se puso de pie—. Ya cometió uno. Seguirá cometiendo.

Salió de la oficina. En el pasillo, Selvam lo esperaba con cara de pregunta.

—¿Bogotá? —dijo el joven en voz baja.

—Señuelo —dijo Prabath sin detenerse—. Vuelve a tu escritorio y no menciones esta conversación con nadie.

Selvam asintió y se alejó en dirección contraria.

Prabath llegó a su oficina, cerró la puerta y abrió el cuaderno en la página de la cifra sola. Debajo de los trescientos sesenta a cuatrocientos ochenta millones escribió tres palabras.

Está vivo. Observa.

Y debajo, después de un momento en que miró por la ventana orientada al norte y pensó en veintidós años de números que callaban y en lo que ese silencio le había enseñado sobre la diferencia entre lo que los sistemas muestran y lo que los seres humanos esconden:

Bien. Yo también.

Cerró el cuaderno. Guardó la pluma. Y por primera vez desde que había comenzado esta investigación, sonrió levemente, no con satisfacción sino con el reconocimiento específico de quien sabe que está frente a algo que vale la pena perseguir hasta el final.

CAPÍTULO 10

El precio de la transparencia

Ginebra / Kinshasa / Londres / Shanghái. Mayo de 2023.

El segundo artículo de Nadia Osei apareció un viernes y era diferente del primero en una manera que ella misma tardó en definir con precisión cuando su editor se lo preguntó esa misma tarde.

—El primero admiraba —dijo Ferris desde el otro lado del teléfono—. Este incomoda. ¿Fue intencional?

—No del todo —dijo Nadia—. Fue lo que encontré.

Lo que había encontrado, después de tres semanas de trabajo que habían extendido por cuatro porque el material no estaba listo a las tres, era esto: Tasa Cero Foundation no era lo que parecía desde afuera, que era una

organización de filantropía digital con una transparencia operativa admirable.

Era eso y además otra cosa que el tablero público no mostraba. Ingritt Vaszary había construido un modelo de análisis de flujos que demostraba con un nivel de confianza del ochenta y dos por ciento que los fondos entrantes a la DAO no correspondían a ningún patrón de donación conocido: ni grandes donantes individuales, ni fondos institucionales, ni campañas de micro mecenazgo.

Correspondían a algo que Ingritt describía en el artículo con la cautela de quien sabe que la hipótesis es explosiva: flujos regulares, perfectamente sincronizados con los ciclos de liquidación bancaria internacional, de origen opaco y escala institucional.

Nadia no acusaba. Describía. Pero la descripción era suficientemente precisa para que el lector hiciera la acusación solo, que era, en su experiencia, el periodismo más honesto y también el más efectivo.

El artículo incluía la historia de Auduru Agwayo.

Esa parte había sido la más difícil de escribir. Nadia había pasado dos semanas dudando si incluirla, no porque fuera inexacta sino porque era la parte que más transformaba el tono del artículo: de investigación financiera a algo más parecido a una historia humana con consecuencias financieras, que era una distinción que importaba porque cambiaba el tipo de lector que llegaría y el tipo de conversación que el artículo generaría.

Al final la incluyó porque era verdad y porque la verdad tenía derecho a estar entera.

Describía a Auduru con nombre, con fotografía cedida por la madre, con la historia de la enfermedad y el trasplante y la recuperación y los ocho años de una niña que ahora quería ser médica y que no sabía que su corazón había sido financiado por dinero que nadie podía rastrear hasta su origen. No era sensacionalismo. Era la consecuencia humana concreta de un mecanismo que de otro modo existía solo como abstracción financiera.

En Kinshasa, Esperance Agwayo recibió la llamada de Nadia un martes por la tarde, cuando Auduru estaba en la escuela.

—¿La señora Agwayo? —dijo Nadia en un francés cuidadoso, el idioma que había usado en toda su correspondencia previa con la familia.

—Sí, soy yo.

—Soy Nadia Osei, periodista. Hablamos por correo hace unas semanas sobre la posibilidad de incluir la historia de su hija en un artículo.

—Recuerdo. —La voz de Esperance era tranquila, del tipo de tranquilidad que se construye después de haber pasado por cosas que no dejan otra opción—. ¿Ya lo publicó?

—Hoy, sí. Quería llamarla antes, pero el proceso fue más rápido de lo esperado. Lamento no haberla avisado con más tiempo.

Un silencio breve.

—¿Qué dice el artículo sobre Auduru?

—Dice que tiene ocho años y que sobrevivió gracias a un trasplante financiado por una fundación cuyo origen de fondos nadie puede explicar del todo. Lo dice con respeto y con exactitud. La fotografía que me cedió aparece con el pie de foto que acordamos.

Otro silencio.

—¿Encontró quién está detrás de la fundación? —preguntó Esperance.

—No todavía. Pero me estoy acercando.

—¿Y si lo encuentra? —dijo Esperance—. ¿Qué pasa entonces con los hospitales? ¿Con la clínica de Maiduguri? ¿Con el programa de cirugía?

Era la pregunta que Nadia se había hecho también, sin encontrar una respuesta que la satisficiera completamente.

—No lo sé —dijo con honestidad—. Depende de muchas cosas que todavía no conozco.

—Entonces —dijo Esperance, con una calma que no era indiferencia sino algo más complejo— le pido que piense en eso antes de publicar lo que encuentre. No por la fundación. Por Auduru. Por los demás niños.

—Lo pensaré —dijo Nadia.

—Gracias —dijo Esperance. Y colgó.

Nadia se quedó con el teléfono en la mano mirando el lago Lemán, que esa tarde de mayo estaba plateado y quieto bajo una luz que no terminaba de decidir si era tarde o era noche. Pensó en la pregunta de Esperance durante varios minutos. Luego abrió su cuaderno y escribió al margen de sus notas, en letras pequeñas que no era su caligrafía habitual sino la que usaba cuando pensaba mientras escribía: *¿Cuándo la verdad hace más daño que el silencio?*

No escribió una respuesta. Todavía no la tenía.

En Londres, Jeremiah leyó el artículo a las seis de la mañana del viernes, antes de que la ciudad hubiera terminado de despertar, sentado frente al monitor derecho con el té intacto enfriándose a su lado.

Lo leyó una vez deprisa y una vez despacio.

La segunda lectura fue más difícil que la primera. No porque el artículo contuviera ninguna revelación técnica que lo comprometiera directamente: Nadia Osei no había llegado al Ghost Ledger, no tenía evidencia del mecanismo de extracción, no sabía nada que no pudiera haber deducido desde afuera con suficiente inteligencia e información pública. Pero había hecho algo más perturbador que revelar el mecanismo: había puesto un rostro en el dinero.

Auduru Agwayo. Ocho años. Fotografía cedida por la madre.

Jeremiah miró la fotografía durante un tiempo que no midió. Era una niña de piel oscura con una sonrisa que no tenía nada de especial excepto que existía, que era suficiente. Debajo de la fotografía, el pie de foto decía: *Auduru Agwayo, Kinshasa. Su trasplante de corazón fue financiado por la Fundación Tasa Cero.*

Cerró el artículo. Abrió el panel de monitoreo. Las alertas de tráfico hacia los nodos de la DAO mostraban en las últimas doce horas un incremento del cuatrocientos por ciento respecto al promedio de las semanas anteriores. El artículo circulaba. La historia de Auduru circulaba. Y con ella circulaba la pregunta que Nadia había formulado sin llegar a responderla: ¿de dónde viene este dinero?

Abrió una ventana nueva y comenzó a revisar el estado de cada capa del sistema con una atención que superaba incluso su revisión habitual. El Ghost Ledger funcionaba con normalidad. El segundo perímetro que había construido después de los carroñeros de Ámsterdam seguía intacto. Las alertas de monitoreo interno del banco mostraban actividad elevada en el departamento de cumplimiento de Shanghái, consistente con lo que esperaba después de la maniobra de Bogotá.

Todo funcionaba.

Y sin embargo algo había cambiado que no era técnico.

Nadia Osei había convertido la fundación en una historia, y las historias tenían una física diferente a la de los sistemas: se movían por razones que los modelos predictivos no capturaban bien, llegaban a lugares que los algoritmos no anticipaban, y una vez que una historia existía en el mundo con un nombre y una fotografía era imposible devolverla al estado anterior de invisibilidad.

Auduru Agwayo ya no era una línea en el tablero.

Era una niña de ocho años que quería ser médica y cuya fotografía había sido compartida cuarenta y tres mil veces en las primeras doce horas.

Jeremiah abrió el panel de comunicaciones y redactó un mensaje para Aboubakar.

El segundo artículo está circulando. En los próximos días recibirán más consultas. La respuesta sigue siendo la misma. Pero Aboubakar: si la periodista vuelve a contactarlos, quiero saber qué pregunta exactamente. No lo que responden. Lo que pregunta.

La respuesta llegó en diez minutos.

Entendido, señor Crane. ¿Está todo bien?

Jeremiah miró la pregunta. Era la segunda vez que Aboubakar le preguntaba eso, y era la segunda vez que la respuesta correcta no era la verdad completa.

Todo está bajo control —escribió—. El hospital sigue en pie.

Envió el mensaje. Cerró el panel. Se quedó mirando la fotografía de Auduru que había dejado abierta en el monitor izquierdo sin darse cuenta de que la había dejado abierta.

La cerró.

En Shanghái, Prabath leyó el artículo de Nadia Osei el mismo viernes por la tarde, enviado por Selvam con el mismo mensaje breve de siempre: *Señor Weerasinghe, creo que esto le interesa.*

Esta vez Selvam tenía razón de una manera que superaba su propia comprensión del asunto. Porque el artículo de Nadia, con su análisis de Ingritt Vaszary sobre la sincronía de los flujos con los ciclos de liquidación bancaria, era la primera fuente externa que llegaba públicamente a una conclusión que Prabath había alcanzado por caminos completamente distintos.

Llamó a Selvam.

—¿Leíste el análisis de la analista de Fráncfort que cita la periodista?

—Sí, señor.

—¿Qué te parece?

Una pausa breve mientras Selvam calibraba si la pregunta era retórica o genuina.

—Me parece que llegó al mismo lugar que nosotros sin tener acceso a ninguno de nuestros datos internos —dijo—. Lo cual significa que la evidencia externa es suficientemente visible para que alguien con las herramientas correctas la encuentre desde afuera.

—Exacto —dijo Prabath—. Y si alguien la encuentra desde afuera, tarde o temprano alguien con autoridad regulatoria también la encontrará. Lo que significa que nuestra ventana se cerró.

—¿Qué hacemos?

—Mañana le presento a Bardolph el informe completo. Ya no podemos esperar más.

Colgó. Abrió el cuaderno por última vez esa tarde y escribió una sola línea debajo de todas las anteriores, la más corta de todas las que había escrito desde el principio de la investigación.

Se acabó el tiempo discreto.

Cerró el cuaderno. Lo guardó en el maletín. Apagó la luz de la oficina.

En el pasillo, al salir, se cruzó con Dorjpalam que salía también.

—Trabajando hasta tarde un viernes, Prabath —dijo Dorjpalam con su tono habitual de ligereza—. ¿Todavía con tus registros en papel?

—Todavía —dijo Prabath.

—¿Y bien? ¿Encontraste algo?

Prabath lo miró durante un momento.

—Encontré todo —dijo. Y siguió caminando hacia el ascensor.

En Maiduguri, Aboubakar recibió esa misma tarde la visita de Hadizatou, que llegó de la escuela con el teléfono en la mano y el artículo de Nadia Osei abierto en la pantalla.

—Papá —dijo sin preámbulo—, encontré la foto de Auduru.

Aboubakar la miró.

—¿La periodista?

—Sí. Escribió sobre ella. Nombre, fotografía, todo. —Hadizatou dejó el teléfono sobre el escritorio—. ¿El señor Crane sabe que esto está publicado?

—Supongo que sí.

—¿Y qué hará?

Aboubakar consideró la pregunta con la seriedad que le merecía.

—Nada que podamos ver —dijo finalmente—. Ese es su método. Las cosas que hace no se ven hasta que ya están hechas.

Hadizatou recogió el teléfono. Miró la fotografía de Auduru durante un momento, la niña con la sonrisa sin nada de especial excepto que existía.

—¿Crees que tiene miedo? —preguntó.

—¿Quién?

—El señor Crane.

Aboubakar pensó en los mensajes del señor Crane, en su precisión, en la única vez que había respondido la pregunta de si todo estaba bien con el todo está bajo control que sonaba exactamente como lo que era: una respuesta que no era la verdad completa.

—Creo —dijo— que tiene algo que perder. Y que eso es diferente al miedo pero tampoco es lo mismo que no tener miedo.

Hadizatou asintió lentamente, como hacía siempre cuando procesaba una respuesta que le parecía honesta aunque no completamente satisfactoria.

—El hospital sigue en pie —dijo, repitiendo sin saberlo las palabras exactas que el señor Crane había escrito esa misma mañana a cuatro mil kilómetros de distancia.

—Sí —dijo Aboubakar—. El hospital sigue en pie.

Afuera, la tarde de Maiduguri terminaba con el color específico del cielo del norte de Nigeria antes de que llegue la oscuridad: un naranja que no pide permiso, que cubre los tejados y la obra del Hospital de la Esperanza y las calles donde la gente regresa a casa con la parsimonia de quienes saben que mañana será un día parecido a hoy, lo cual en ese barrio, desde hacía cuatro meses, era una promesa que antes no existía.

CAPÍTULO 11

La geometría del quiebre

Londres / Shanghái / Kinshasa. Junio de 2023.

Prabath Weerasinghe llegó a Londres un lunes por la mañana con una maleta pequeña, el cuaderno de tapas duras y la autorización de Bardolph Sui firmada en dos copias, una para él y otra para los archivos del banco que nadie consultaría a menos que las cosas salieran muy mal.

La autorización no era una orden judicial. Era algo más modesto y más útil en ese momento: un mandato interno de auditoría técnica sobre la filial europea del ICBC, suficiente para solicitar acceso a los registros operativos sin activar los protocolos de notificación regulatoria que habrían hecho el proceso ruidoso.

Prabath había argumentado durante cuarenta minutos frente a Sui que el ruido era el mayor riesgo en ese momento, y Sui, que era un hombre que entendía los riesgos aunque no siempre los instrumentos para manejarlos, había terminado por aceptar.

—Una semana —le había dicho Sui antes de que saliera de la oficina—. Si en una semana no tienes algo concreto, lo hacemos formal.

—En una semana tengo algo concreto —había dicho Prabath.

No sabía todavía si era verdad. Pero era lo que la situación requería decir, y Prabath había aprendido que hay momentos en que la confianza precede a la evidencia aunque no sea su orden natural.

La filial europea del ICBC tenía sede en un edificio de cristal en Canary Wharf que a Prabath le pareció excesivo para las funciones que cumplía, que eran esencialmente administrativas y de coordinación y que no requerían dieciséis pisos de fachada espejada sobre el Támesis. El director de la filial se llamaba Roshan Ellerbeck, llevaba siete años en el cargo y recibió a Prabath con la afabilidad cuidadosa de quien ha recibido la llamada de Shanghái y sabe que la visita no es rutinaria pero todavía no sabe exactamente qué es.

—Señor Weerasinghe —dijo, estrechando la mano con la presión justa—. Bienvenido a Londres. ¿Qué necesita de nosotros?

—Acceso a los registros técnicos del núcleo —dijo Prabath—. Específicamente los logs de temperatura de los servidores, los registros de actualización de software de los últimos ocho meses y el protocolo completo de instalación del parche NovaSec de octubre.

Ellerbeck asintió con la expresión de quien escucha sin entender del todo pero confía en que la explicación llegará en su momento.

—Lo tendrá esta tarde —dijo—. ¿Algo más?

—Sí —dijo Prabath—. Necesito que esto no se mencione dentro del edificio más allá de las personas estrictamente necesarias para facilitarme el acceso. Nadie en el departamento de tecnología, nadie en operaciones. Solo los registros y un espacio de trabajo tranquilo.

Una pausa mínima.

—Por supuesto —dijo Ellerbeck.

Le asignaron una sala de reuniones en el piso doce con ventanas que daban al río y una conexión a internet que Prabath no pensaba usar para nada relacionado con la investigación. Instaló su propio equipo, conectó su propia red, y pasó las primeras dos horas revisando los registros físicos que le trajeron en cuatro carpetas con la eficiencia silenciosa de alguien que hace eso regularmente, que era exactamente la impresión que quería dar.

Lo que buscaba no estaba en las carpetas.

Lo que buscaba estaba en la sala de servidores, dos pisos más abajo, en el espacio físico donde el hardware del núcleo bancario generaba el calor que había iniciado todo esto ocho meses atrás. Y para llegar ahí sin activar ninguna alarma en el sistema que controlaba ese espacio necesitaba algo que las carpetas no le podían dar.

Necesitaba que alguien cometiera un error.

El error llegó el miércoles, y no fue de quien Prabath esperaba.

Esa mañana, en su departamento de Whitechapel, Jeremiah revisaba el estado de las alertas con la rutina habitual cuando el sistema de monitoreo registró algo que en ninguna de las cuatro semanas anteriores había registrado: una solicitud de acceso a los metadatos técnicos de la instalación del parche NovaSec, proveniente de una terminal interna de la filial europea del banco en Canary Wharf.

No era una consulta de cumplimiento. Era una consulta técnica, granular, del tipo que hace alguien que sabe exactamente qué busca.

Jeremiah la miró durante un tiempo que fue más largo de lo habitual. Luego abrió el panel de análisis de tráfico interno de la filial y comenzó a reconstruir el patrón de actividad de esa terminal en los últimos tres días. Era trabajo delicado porque requería acceder a los logs internos del banco sin que el banco lo detectara, y esa operación tenía un costo que Jeremiah administraba con cuidado: cada vez que entraba a los logs internos dejaba una latencia mínima que un sistema de monitoreo suficientemente sensible podría detectar.

Tomó el riesgo. Necesitaba saber quién estaba en esa sala del piso doce.

Encontró el nombre en el registro de accesos del edificio: Prabath Weerasinghe, auditor senior, sede Shanghái. Visita autorizada por el director de la filial el lunes anterior.

Jeremiah cerró el panel. Se quedó mirando la pantalla en blanco durante varios segundos.

Tenía nombre. Tenía cargo. Tenía ubicación exacta: piso doce, Canary Wharf, a veinte minutos de Whitechapel en metro.

Buscó a Prabath Weerasinghe en todos los registros profesionales disponibles. Encontró lo esperado: veintidós años en el ICBC, trayectoria en auditoría y cumplimiento, sin publicaciones académicas, sin presencia en redes profesionales más allá de un perfil mínimo.

Era el tipo de persona que existía en los sistemas institucionales y en ningún otro lugar, que era exactamente el tipo de persona más difícil de encontrar y más peligrosa cuando te encontraba a ti. No tenía ego visible. No tenía ambición de reconocimiento. Solo tenía el trabajo y, aparentemente, la capacidad de hacerlo mejor que casi cualquier otra persona en su posición.

Jeremiah lo reconoció. Era él mismo, en el otro lado del tablero.

Eso no lo tranquilizó. Lo tranquilizó todavía menos cuando comprendió, siguiendo la lógica del patrón de consultas que Prabath había generado desde Shanghái durante semanas, que este hombre no había llegado a Londres por casualidad ni por procedimiento rutinario. Había llegado porque había construido un caso suficientemente sólido para justificar el viaje, lo que significaba que el modelo de inferencia que había deducido desde los registros de calor era más preciso de lo que Jeremiah había estimado.

Y Prabath Weerasinghe tenía, casi con certeza, suficiente para justificar el siguiente paso, que era el acceso forense al núcleo mismo, que era el único acceso que podía revelar el Ghost Ledger de manera directa e irrefutable.

Jeremiah abrió el protocolo de salida de emergencia que había construido dieciocho meses atrás y había actualizado seis veces desde entonces, con la esperanza de no usarlo nunca y la certeza de que algún día lo necesitaría.

Era un proceso de treinta y seis pasos que desconectaba el Ghost Ledger del sistema capa por capa, borraba los rastros de su presencia en el orden inverso al que habían sido instalados, y dejaba el núcleo bancario exactamente como estaba antes de octubre del año anterior, excepto por las tres vulnerabilidades reales que el parche había corregido, que permanecerían corregidas porque Jeremiah no era el tipo de persona que dejaba puertas abiertas al salir.

No lo activó todavía.

Activarlo significaba terminar. Y terminar significaba que los hospitales dejarían de recibir financiamiento a partir del próximo ciclo, que los proyectos en construcción tendrían fondos solo hasta agotar la reserva que había acumulado en Monero, que Auduru Agwayo seguiría teniendo su corazón pero que la siguiente Auduru Agwayo quizás no tendría el suyo.

Cerró el protocolo. Se levantó. Fue a la cocina y preparó té con los movimientos automáticos de quien necesita hacer algo con las manos mientras piensa.

Tenía tiempo todavía. Prabath estaba en el piso doce con registros en papel y sin acceso forense al núcleo. Para llegar al núcleo necesitaba una autorización que estaba por encima del director de la filial, y esa autorización tomaría días. Quizás una semana.

Una semana era tiempo.

Esa tarde, en la sala de reuniones del piso doce, Prabath asistió a la reunión técnica semanal del equipo de sistemas de la filial que Ellerbeck le había invitado a observar como parte de la cortesía operativa de la visita. Era una

reunión rutinaria: estado de los sistemas, incidencias de la semana, planificación del mantenimiento del mes siguiente.

Prabath observó en silencio durante los primeros cuarenta minutos. Tomaba notas en su cuaderno, cosa que varios de los técnicos presentes notaron con la curiosidad específica que producía ese hábito en entornos completamente digitalizados.

Fue en el minuto cuarenta y dos cuando ocurrió lo que Prabath no había anticipado y que luego, pensándolo con la distancia de los días siguientes, reconocería como el momento en que la investigación cambió de naturaleza.

El responsable técnico de la sala de servidores, un joven de unos treinta años llamado Fearghal Obi, presentaba el informe de temperatura de los sistemas del mes anterior. Era una presentación rutinaria, con gráficos que nadie miraba con particular atención porque los números estaban dentro de los rangos normales.

Excepto que no estaban completamente dentro de los rangos normales. Había una variación menor, de esas que los sistemas automáticos clasificaban como ruido y que los gráficos suavizaban con el promediado estadístico que hacía que todo pareciera más estable de lo que era.

Prabath la vio.

—Perdone —dijo, interrumpiendo la presentación por primera vez en cuarenta y dos minutos—. ¿Puede volver a la diapositiva anterior?

Fearghal la volvió. Prabath señaló con el lápiz un punto en la pantalla desde donde estaba sentado.

—Esta variación en la temperatura del servidor tres del núcleo. ¿A qué la atribuyen?

Fearghal lo miró con la expresión de quien no esperaba esa pregunta específica.

—Fluctuación normal de carga —dijo—. Está dentro del margen de tolerancia.

—¿Cuánto dentro del margen?

Una pausa.

—Un cuatro por ciento por debajo del límite superior.

—¿Ese cuatro por ciento se repite en los meses anteriores?

Otro silencio, más largo. Fearghal miró a su colega sentado a su izquierda con una mirada que Prabath interpretó correctamente como no sé de dónde viene esta pregunta pero me está incomodando.

—Tendría que revisar —dijo Fearghal.

—Revíselo —dijo Prabath—. Y cuando lo revise, compárelo con los registros de los meses de agosto, septiembre y octubre del año pasado. Los de antes del parche de NovaSec y los de después. —Se recostó en la silla—. Creo que encontrará algo interesante.

La reunión continuó. Nadie dijo nada más sobre la temperatura. Pero cuando Prabath salió de la sala cuarenta minutos después, Fearghal Obi se quedó frente a su pantalla con los registros históricos de temperatura abiertos en cuatro ventanas, comparando los meses antes y después del parche de NovaSec con la concentración de alguien que acaba de entender que lo que creyó que era ruido quizás no lo era.

Esa noche, en su hotel de Aldgate, Prabath llamó a Selvam.

—Mañana necesito que me consigas algo —dijo—. No a través de los sistemas del banco.

—¿Qué necesita?

—El historial académico de todas las personas que en los últimos diez años obtuvieron certificaciones avanzadas en lenguajes de programación de sistemas heredados en universidades del Reino Unido, Estados Unidos y China. Específicamente en el lenguaje del núcleo bancario.

Un silencio largo.

—Eso es un universo muy pequeño, señor Weerasinghe.

—Lo sé —dijo Prabath—. Por eso lo pido.

Colgó. Abrió el cuaderno. La página estaba casi llena de líneas acumuladas durante meses. Buscó el espacio que quedaba al final y escribió dos líneas apretadas.

Londres. El técnico vio la variación. La semilla está plantada.

Y debajo, en letras más pequeñas todavía:

El lenguaje que nadie aprende. Buscar ahí.

Cerró el cuaderno. Miró por la ventana del hotel el perfil nocturno de la City londinense, las luces de Canary Wharf al fondo sobre el río, y pensó en que en algún lugar de esa ciudad, en algún departamento que no sabía identificar todavía, había una persona que esa misma noche estaba mirando las mismas luces y pensando en él.

O quizás no. Quizás la persona era más disciplinada que eso.

Pero Prabath sospechaba que no. Porque las personas que construyen cosas para que nadie las vea nunca están completamente preparadas para el momento en que alguien las ve. Ese era el momento en que los sistemas se comportaban como sistemas y las personas se comportaban como personas.

Y las personas cometían errores.

CAPÍTULO 12

La tasa final

Londres / Shanghái / Kinshasa. Junio de 2023.

La alerta llegó a las dos y diecisiete de la madrugada.

No era de nivel uno ni de nivel dos. Era de nivel cinco, el único nivel que Jeremiah había configurado para que produjera un sonido, un tono breve y seco que nunca había escuchado antes en nueve meses de operación y que lo despertó desde un sueño ligero con la claridad inmediata de quien ha entrenado su sistema nervioso para no confundir las urgencias con el ruido.

Se sentó en la cama. Tomó el teléfono. Leyó la alerta.

El sistema de auditoría forense del ICBC había iniciado una consulta de acceso profundo al núcleo bancario. No a los logs superficiales, no a los metadatos de la DAO, no a ninguna de las capas que el Ghost Ledger controlaba desde afuera. Al núcleo mismo. Al espacio donde vivía.

Jeremiah se quedó mirando la pantalla durante cuatro segundos exactos. Luego se levantó, fue al estudio y encendió los monitores.

Tenía setenta y dos horas.

Ese era el tiempo que había calculado, en los modelos de contingencia que había construido durante meses sin querer usarlos nunca, entre el inicio de un acceso forense al núcleo y el momento en que ese acceso produciría evidencia suficiente para identificar el Ghost Ledger con certeza forense. No era una estimación optimista ni pesimista. Era la media de cien escenarios distintos que había simulado con variables diferentes, y la media era setenta y dos horas.

Tamborileo sobre la placa de metal. Tres golpes cortos, una pausa, dos largos. El sistema respondió con el cursor parpadeante sobre fondo negro.

Comenzó a trabajar.

El protocolo de salida no era una huida. Era una cirugía. Jeremiah lo había diseñado con la misma meticulosidad con que había diseñado el Ghost Ledger, con la diferencia de que una cirugía de salida tenía que ser irreversible en ambas direcciones: tenía que eliminar toda traza de presencia sin dejar ninguna traza de la eliminación. Era el problema técnico más difícil que había enfrentado, más difícil que la entrada, porque entrar dejaba rastros que podían borrarse y salir requería borrar los rastros del borrado.

La primera capa tardó cuatro horas. Las capas del Ghost Ledger más superficiales, las que gestionaban las respuestas a las consultas de auditoría rutinarias, se desconectaron primero. El sistema bancario comenzó a ver sus propias cifras reales, sin filtro, por primera vez en nueve meses. Las diferencias eran invisibles en cualquier consulta individual. En el agregado eran cuatrocientos ochenta millones de dólares.

Jeremiah no miraba ese número. Miraba el proceso.

A las seis de la mañana llamó Aboubakar.

—Señor Crane, hay algo inusual en el tablero esta mañana. Los fondos del ciclo de junio no han llegado todavía.

—Lo sé —dijo Jeremiah.

Una pausa.

—¿Llegará el ciclo de junio?

Jeremiah miró el monitor central donde la segunda capa del protocolo de salida avanzaba con la lentitud necesaria para no producir anomalías detectables en el tráfico del sistema.

—No —dijo.

Silencio al otro lado. Largo. Del tipo que ocurre cuando alguien recibe una información que había anticipado como posibilidad pero que no había permitido que se volviera completamente real hasta ese momento.

—¿Los proyectos en curso? —preguntó Aboubakar finalmente, con la voz de quien ha decidido que el único territorio útil ahora son las preguntas concretas.

—Los contratos vigentes tienen fondos suficientes para completar las obras en construcción. Lo verifiqué esta mañana. La clínica de Maiduguri está terminada. El programa de Kinshasa tiene financiamiento hasta diciembre. El sistema de agua en Mali necesitará otra fuente de financiamiento para la fase tres.

—Entiendo.

—Aboubakar.

—Sí, señor Crane.

—El hospital sigue en pie.

Otro silencio. Más breve esta vez.

—Sí —dijo Aboubakar—. El hospital sigue en pie.

Colgó. Jeremiah volvió al monitor central.

La segunda capa tardó seis horas más. Cuando terminó eran las doce del mediodía y llevaba diez horas sin dormir y sin comer, lo cual era una variable que había incluido en sus modelos de contingencia y que había decidido que era irrelevante frente a las otras variables. Se preparó té. Lo bebió de pie frente al monitor, sin sentarse, porque sentarse era una señal de que había tiempo y el tiempo era exactamente lo que estaba administrando con más cuidado que cualquier otra cosa.

En Shanghái, Prabath Weerasinghe estaba en la sala de operaciones forenses del banco, una habitación en el sótano que olía a equipos nuevos y café viejo, cuando los monitores mostraron algo que ninguno de los técnicos presentes había visto antes: el sistema comenzaba a mostrar cifras que no coincidían exactamente con los registros históricos.

—¿Qué está pasando? —preguntó el jefe del equipo forense, un hombre joven llamado Vashti que llevaba ocho años en ciberseguridad bancaria y que tenía la expresión de alguien que está viendo algo para lo que sus años de experiencia no lo habían preparado del todo.

—Está saliendo —dijo Prabath, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Saliendo cómo?

—Está desmontando el sistema desde adentro. Capa por capa. —Prabath señaló una de las columnas en la pantalla—. Esto que están viendo son las cifras reales del sistema sin el filtro que las ocultaba. Llevan nueve meses siendo distintas a lo que veíamos.

Vashti miró los números. Hizo un cálculo rápido.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Entre cuatrocientos y quinientos millones —dijo Prabath—. Mensuales o totales?

—Totales —dijo Prabath—. Mensuales era entre sesenta y ochenta.

El silencio que siguió en la sala de operaciones fue diferente de todos los silencios anteriores. Era el silencio de personas que acaban de comprender que han estado dentro de algo mucho más grande de lo que habían imaginado mientras lo investigaban.

—¿Podemos detenerlo? —preguntó Vashti—. ¿El desmontaje?

—No —dijo Prabath—. Y aunque pudiéramos, no querríamos. Cada capa que desmonta nos deja ver más de lo que construyó. Es como si alguien te devolviera el dinero robado enseñándote exactamente cómo lo robó.

—¿Por qué haría eso?

Prabath pensó en el cuaderno de tapas duras que tenía en el maletín a sus pies y en todas las líneas que había escrito durante siete meses y en la última: se acabó el tiempo discreto.

—Porque no tiene otra opción —dijo—. Y porque es ordenado. Quien construyó esto no va a dejar ruinas.

Bardolph Sui llegó a la sala de operaciones cuarenta minutos después, con la corbata ligeramente aflojada y la expresión de quien ha recibido una llamada en un momento que no era bueno para recibirla y que entiende que eso ya no importa.

—Cuéntame —le dijo a Prabath sin saludar a nadie más en la sala.

Prabath le explicó en ocho minutos lo que había ocurrido durante los últimos nueve meses, lo que el protocolo de salida estaba mostrando en tiempo real, y lo que el análisis de la videoconferencia acababa de revelar. Sui escuchó sin interrumpir, cosa que era inusual en él, y cuando Prabath terminó se quedó en silencio durante varios segundos mirando los monitores donde las cifras reales del sistema seguían apareciendo capa por capa.

—¿Cuánto dijo que es el total? —preguntó finalmente.

—Entre cuatrocientos y quinientos millones.

—¿Y adónde fue ese dinero?

—A hospitales —dijo Prabath—. A clínicas. A sistemas de agua potable. A cirugías pediátricas. Todo documentado públicamente en el tablero de la fundación. Todo verificable.

Sui lo miró.

—¿Me está diciendo que alguien nos robó casi quinientos millones de dólares y los usó para construir hospitales en África?

—Eso es lo que los registros muestran, sí.

Otro silencio. Más largo.

—Prabath —dijo Sui con la voz de alguien que está eligiendo sus palabras con más cuidado del habitual—, lo que le voy a decir ahora no sale de esta sala.

—Entendido.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que el regulador nos exija un reporte completo?

—Semanas. Quizás menos si el artículo de la periodista sigue circulando.

—¿Y el dinero? ¿Hay alguna forma de recuperarlo?

Prabath pensó en los hospitales. En la fotografía de Auduru Agwayo que había visto en el artículo de Nadia Osei. En el Hospital de la Esperanza en Maiduguri.

—El cincuenta por ciento está en Monero —dijo—. Irrecuperable para cualquier auditoría. El otro cincuenta por ciento está en obras físicas: paredes, techos, equipos médicos. No se recupera de ninguna manera que no implique demoler lo que se construyó.

Sui cerró los ojos durante un segundo.

—Entonces no hay dinero que recuperar.

—No hay dinero que recuperar.

—Lo que significa que lo que tenemos es un escándalo sin restitución posible.

—Lo que tenemos —dijo Prabath— es una decisión sobre qué parte de esto hacemos pública y en qué términos.

Los dos se miraron. En esa mirada cabía todo lo que ninguno de los dos iba a decir en voz alta: que el banco tenía razones propias para no publicar la cifra completa, que el regulador aceptaría una versión resumida si el banco cooperaba, que quinientos millones distribuidos entre setecientas treinta millones de cuentas era una pérdida per cápita que ningún titular de cuenta percibiría jamás, y que los hospitales existían y seguirían existiendo independientemente de lo que el banco decidiera reportar.

—Dame veinticuatro horas —dijo Sui finalmente—. Necesito hablar con el consejo.

—Tiene setenta y dos —dijo Prabath—. Ese es el tiempo que tiene antes de que el desmontaje termine y el sistema quede en estado estable. Después de eso, la evidencia forense empieza a degradarse sola.

Sui asintió. Salió de la sala sin decir nada más.

Llamó a Selvam desde la sala de operaciones.

—Selvam, necesito que localices la videoconferencia técnica que el banco hizo el mes pasado con los proveedores de infraestructura. La del diecisiete de mayo.

—¿La grabación completa?

—Completa. Y con audio.

—La tengo en diez minutos.

La tuvo en ocho. Prabath la puso en su tableta con auriculares, de pie en un rincón de la sala de operaciones mientras los técnicos monitoreaban el desmontaje en curso, y comenzó a escuchar buscando lo que había estado buscando desde la noche en que reconoció el patrón de latencia como ritmo.

Encontró el momento en el minuto cuarenta y tres.

Era breve. Cuatro segundos de silencio en que el participante identificado como consultor técnico Crane esperaba para hablar mientras el moderador cambiaba de pantalla, y en esos cuatro segundos, perfectamente audible si uno sabía qué escuchar, había un sonido de fondo: alguien tamborileando sobre una superficie dura con un patrón específico. Tres golpes cortos, una pausa, dos largos, otro corto y otro largo en sucesión.

Prabath escuchó el fragmento tres veces. Luego lo comparó con el patrón de latencia que había guardado en sus archivos hacía tres meses, el ritmo irregular que había detectado en las variaciones de respuesta del sistema y que había anotado en el cuaderno sin saber todavía qué era.

Eran el mismo ritmo.

El acceso al núcleo no usaba una contraseña alfanumérica. Usaba música. Una melodía que no existía en ningún diccionario, que no podía ser descifrada por fuerza bruta, que solo existía en el cuerpo de una persona como memoria muscular, como el ritmo que alguien había aprendido de niño y había convertido en la llave de algo que nadie más podía abrir.

Prabath se quitó los auriculares. Fue al escritorio donde había dejado el maletín. Sacó el cuaderno de tapas duras y lo abrió en la primera página en blanco que quedaba, que era la penúltima del cuaderno, y escribió la dirección IP de Tower Hamlets y debajo el nombre que todavía no tenía pero que el consultor técnico Crane de la videoconferencia del diecisiete de mayo le había dado involuntariamente en cuatro segundos de silencio.

No era un nombre. Era un ritmo. Pero era suficiente para encontrar al hombre que lo llevaba en los dedos.

En Londres, a las once de la noche del mismo día, Jeremiah completó la tercera y última capa del protocolo de salida.

El Ghost Ledger dejó de existir.

No había rastro de su presencia en el sistema bancario. No había rastro del proceso de eliminación. El núcleo del ICBC funcionaba exactamente como había funcionado antes de octubre de 2022, con la diferencia de que ahora mostraba sus cifras reales, y esa diferencia era visible solo para quien

supiera que debía existir una diferencia y supiera dónde mirarla, que en ese momento era un hombre en Shanghái con un cuaderno de tapas duras casi lleno.

Jeremiah se recostó en la silla ergonómica. Miró el monitor central apagado. Apagó también los otros dos.

En la oscuridad del estudio sin ventana, tamborileó una vez más sobre la placa de metal que ya no producía ninguna respuesta.

Tres golpes cortos. Una pausa. Dos largos.

El silencio que respondió era diferente al silencio habitual. Era el silencio de algo que había terminado, que es distinto al silencio de algo que espera.

Se levantó. Fue a la habitación. Tomó la mochila que había preparado esa mañana con lo que había decidido que necesitaba, que era menos de lo que cualquier persona habría considerado suficiente y exactamente lo que Jeremiah consideraba necesario. Pasaporte. Dos identidades de respaldo.

Dieciséis mil dólares en efectivo en tres divisas distintas. Un teléfono nuevo sin historia previa. Y una fotografía impresa que había sacado de la pantalla esa mañana antes de empezar el protocolo de salida: Auduru Agwayo, Kinshasa, con la sonrisa que no tenía nada de especial excepto que existía.

La dobló con cuidado y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Salió del departamento de Whitechapel a las once y cuarenta y siete de la noche sin mirar hacia atrás, que era su manera habitual de salir de los lugares, y también, reconoció mientras bajaba las escaleras con la mochila al hombro, la única manera que sabía de hacer las cosas que no podían deshacerse.

En el exterior, Londres hacía lo que hacía siempre a esa hora: existir con indiferencia, con sus luces y su tráfico y sus personas que iban de un lugar a otro por razones que nadie más necesitaba entender.

Jeremiah caminó tres minutos hasta la estación de metro. Bajó las escaleras. Esperó el tren.

Nadie lo miró.

Nadie tenía razón para hacerlo.

EPÍLOGO

Auduru, doce años

Kinshasa / Shanghái / Maiduguri / Londres. Cuatro años después.

Auduru Agwayo tenía doce años y había decidido que quería ser cardióloga.

No pediatra, no médica general, no ninguna de las otras especialidades que su madre le había descrito con la esperanza de ampliar el universo de posibilidades. Cardióloga, específicamente, con la terquedad tranquila de quien ha tomado una decisión que no es impulsiva sino el resultado de años de pensamiento silencioso que nadie más había visto ocurrir.

Lo había decidido a los diez años, cuando la doctora Amara Diallo volvió al hospital para una visita de seguimiento y Auduru le preguntó, con la franqueza de los niños que no han aprendido todavía a disfrazar las preguntas importantes, cómo se sentía tener las manos adentro del corazón de alguien.

La doctora Diallo la había mirado durante un momento con la expresión específica que reservaba para las preguntas que merecían una respuesta real.

—Como tener una responsabilidad que no tiene comparación con ninguna otra cosa —dijo.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es lo que es —dijo la doctora Diallo—. Y cuando uno aprende a vivir con eso, es lo mejor que existe.

Auduru guardó esa respuesta en el lugar donde guardaba las cosas que importaban, que no era un cuaderno ni una aplicación sino algún sitio interno que no tenía nombre pero que funcionaba con fidelidad, y dos años después todavía estaba ahí intacta.

En su cuarto, encima del escritorio donde hacía las tareas de la escuela, había un tablero de corcho con fotografías y recortes que su madre había dejado de entender del todo pero que había aprendido a respetar como el mapa de algo que era de Auduru y de nadie más. Había fotografías del corazón humano en distintas etapas del desarrollo, recortadas de revistas médicas que la doctora Diallo le conseguía.

Había una imagen satelital del Hospital General de Référence donde nació y donde casi murió y donde volvió a nacer de una manera que no era metáfora sino hecho biológico. Y en el centro del tablero, sin nada alrededor que lo tocara, había una impresión del tablero de la Fundación Tasa Cero tal como aparecía en internet en ese momento: el mismo diseño de siempre, el mismo contador de proyectos completados, y en la parte inferior una leyenda que no había estado ahí cuatro años atrás y que Auduru había leído tantas veces que podía recitarla de memoria.

La Fundación Tasa Cero cerró operaciones en junio de 2023. Los proyectos en curso fueron transferidos a organizaciones locales con financiamiento de transición garantizado hasta su conclusión. El tablero permanece activo como registro público de lo que fue posible hacer.

Auduru no sabía quién había escrito esa leyenda. No sabía quién había tomado la decisión de dejar el tablero activo como registro en lugar de simplemente borrarlo. No sabía, en realidad, casi nada sobre el origen de la fundación que había pagado su corazón, porque lo que los adultos a su alrededor sabían tampoco era mucho y lo que los periódicos habían publicado era contradictorio y parcial y terminaba siempre en la misma frase insatisfactoria: la investigación continúa.

Lo que sí sabía era que el dinero había venido de algún lugar, que ese lugar era misterioso de una manera que los adultos encontraban perturbadora y que ella encontraba, si era honesta, fascinante, y que gracias a ese misterio su corazón latía y la doctora Diallo tenía manos que sabían lo que hacían y el Hospital de la Esperanza en Maiduguri existía con su techo y sus paredes y su generador que nunca fallaba.

Le parecía suficiente para estar agradecida sin necesitar entenderlo del todo. En Shanghái, Prabath Weerasinghe se había jubilado hacía ocho meses.

Lo había decidido en el momento en que el informe final de la investigación fue presentado al regulador y el regulador lo aceptó con las modificaciones que el banco había negociado durante semanas: la cifra oficial reconocida era de ciento doce millones de dólares, que era técnicamente correcta si uno consideraba solo las extracciones de los tres meses anteriores a la detección del Ghost Ledger y excluía los seis meses anteriores por insuficiencia de evidencia forense directa. Era la cifra que el banco podía absorber sin colapsar la confianza de sus setecientos treinta millones de clientes. Era también, como Prabath sabía y nunca pudo decir en ningún documento oficial, aproximadamente un quinto de la cifra real.

El día que firmó el informe final fue el mismo día que solicitó la jubilación anticipada.

Nadie le preguntó si había relación entre las dos cosas. Él no lo habría negado, pero tampoco lo habría confirmado, porque había aprendido en veintidós años que algunas verdades no necesitan ser dichas para existir.

Vivía ahora en Chengdu, con Meenakshi, que había recibido la noticia del traslado con una mezcla de sorpresa y algo que se parecía al alivio, como si hubiera esperado durante años que él tomara una decisión que tuviera que ver con algo que no fuera el trabajo. El departamento era más pequeño que el de Shanghái pero tenía ventanas en todas las habitaciones, detalle que Prabath no había mencionado cuando lo eligieron pero que Meenakshi había notado y comentado con una sonrisa que él no supo del todo cómo interpretar pero que le pareció buena.

Habían retomado los desayunos juntos, que era algo que no habían hecho de manera consistente en más de diez años, y Prabath había descubierto que Meenakshi tenía opiniones sobre cosas que él ignoraba que le importaban, y que escucharlas era una forma de conocer a alguien que no requería empezar desde cero sino simplemente prestar una atención diferente a lo que siempre había estado ahí.

Seguía usando cuadernos de papel. Seguía escribiendo con pluma estilográfica. El cuaderno de tapas duras de la investigación estaba en el cajón inferior derecho de su escritorio en Chengdu, exactamente como había estado en el cajón inferior derecho de su escritorio en Shanghái, con todas sus páginas escritas y las dos últimas en blanco. Durante cuatro años no había podido escribir nada en esas páginas que no le pareciera insuficiente frente a lo que había ocurrido. Las palabras correctas para describir algo que

no era un fraude ordinario ni una historia de justicia ordinaria ni ninguna de las categorías que el lenguaje del derecho bancario o del periodismo de investigación había construido para situaciones como esta, no existían todavía o existían en algún lugar que él no había encontrado.

Una tarde de octubre, mientras Meenakshi preparaba la cena en la cocina y el olor a especias llegaba hasta el estudio con la insistencia agradable de las cosas que pertenecen a un hogar, Prabath abrió el cuaderno en la penúltima página y escribió, por fin, dos líneas.

El dinero no regresó. Los hospitales siguen en pie.

Debajo, en la última página, la que había guardado como si supiera desde el principio que necesitaría más tiempo para saber qué poner en ella, escribió una sola línea que no subrayó porque no necesitaba énfasis.

No sé si eso es justicia. Sé que es lo que ocurrió.

Cerró el cuaderno. Lo devolvió al cajón. Fue a la cocina. Le preguntó a Meenakshi si necesitaba ayuda con algo y ella le dijo que cortara las cebollas, y él cortó las cebollas sin quejarse del llanto involuntario que producían, que era una reacción biológica sobre la que uno no tenía control y que por tanto, había concluido Prabath Weerasinghe después de veintidós años buscando anomalías en los sistemas que otros consideraban perfectos, no valía la pena combatir.

En Maiduguri, el Hospital de la Esperanza celebraba su tercer aniversario con una ceremonia a la que asistieron el gobernador, dos representantes sanitarios internacionales y varios centenares de habitantes del barrio que en cuatro años habían dejado de ver el edificio como una novedad y habían comenzado a verlo como algo que siempre había estado ahí, que era la señal de que se había vuelto real de la manera más definitiva posible.

Aboubakar estaba en la segunda fila con Hadizatou, que tenía ya veinte años y estudiaba ingeniería informática en la Universidad de Maiduguri porque había decidido, con la misma terquedad tranquila de Auduru aunque en una dirección diferente, que quería entender cómo funcionaban los sistemas que movían el mundo sin que nadie los viera.

—¿Sabes que el señor Crane nunca supo que el hospital llevaría este nombre? —le dijo Aboubakar durante el discurso del gobernador, en voz baja.

—¿El nombre de Esperanza?

—El barrio lo eligió solo. Nadie se lo consultó a nadie.

Hadizatou miró el edificio. Era sólido, de una solidez que no tenía nada que ver con el tamaño sino con la manera en que estaba construido, con los materiales correctos y el tiempo correcto y las manos correctas.

—Es el nombre adecuado —dijo.

—¿Por qué?

Hadizatou pensó un momento.

—Porque esperanza es lo único que le faltaba al sistema que alguien construyó —dijo—. El sistema tenía todo lo demás: inteligencia, escala, invisibilidad. Pero esperanza no se programa. Eso lo puso el barrio.

Aboubakar la miró durante un momento con la expresión que reservaba para las veces que su hija decía algo que él habría necesitado semanas para articular.

—Debería haberla mandado a estudiar filosofía —dijo.

—La ingeniería y la filosofía no son tan distintas —dijo Hadizatou—. Las dos buscan entender cómo funciona lo que no se ve.

El gobernador terminó su discurso. Los asistentes aplaudieron. Alguien soltó globos blancos que subieron despacio en el aire quieto de la tarde de Maiduguri, y Aboubakar los siguió con los ojos hasta que desaparecieron y pensó en el señor Crane, en su voz por teléfono, en la última vez que habían hablado cuatro años atrás y en las palabras con que había terminado esa llamada, que eran las mismas con que había terminado todas las anteriores, las mismas que el barrio había convertido sin saberlo en el nombre de un hospital.

En algún lugar que nadie podía precisar porque no había ninguna razón para que nadie lo supiera, Jeremiah Prentis Cott tamborileo sobre una superficie lisa el ritmo de una canción de cuna que no tenía nombre.

Tres golpes cortos. Una pausa. Dos largos.

No había ningún sistema que respondiera. No había ningún monitor que parpadeara. No había ningún cursor sobre fondo negro esperando instrucciones. No había ninguna placa de metal conectada a nada. No había, en el lugar donde estuviera, ninguno de los elementos que durante nueve meses habían constituido su mundo operativo, su mundo real, el único en que había sabido moverse con la certeza completa de alguien que entiende las reglas del juego que está jugando.

Solo el ritmo.

Solo la memoria de unas manos que no eran las de su madre ni las de su padre sino las de Adika Dwande, que tenía cuarenta años cuando llegó a una casa en Islington y que le enseñó a un niño de tres años que el orden no era una obligación sino una forma de respeto hacia el propio tiempo, y que cuando ese niño no podía dormir se sentaba en el borde de la cama y cantaba en voz baja algo antiguo, de ritmo irregular, con pausas que no seguían ningún compás occidental reconocible, que no tenía nombre porque las canciones viejas no siempre tienen nombre y que trataba, más o menos, de que las cosas difíciles también terminan.

Terminaban.

En algún servidor en algún banco en algún lugar del mundo, un algoritmo calculaba en ese momento el interés compuesto de una cuenta con un saldo de dieciséis mil cuatrocientos doce dólares con treinta y siete centavos. El resultado del cálculo era un número con once decimales que el sistema

redondeó hacia abajo con la eficiencia perfecta de algo que no tiene conciencia de lo que descarta.

La fracción descartada desapareció.

Era la misma fracción de siempre. Era lo que siempre había sido: demasiado pequeña para ser notada, demasiado multiplicada para ser inocente. Nadie la reclamó. Nadie la dirigió a ningún lado. Nadie la convirtió en columnas de un hospital ni en el sueldo de una cirujana ni en el generador que mantiene la luz encendida durante una operación de nueve horas en la madrugada de Kinshasa.

Simplemente desapareció.

El sistema bancario global procesó esa noche dos punto cuatro billones de transacciones.

Todas ellas auditadas. Todas ellas correctas.

Todas ellas redondeadas hacia abajo.

Y en algún lugar donde el aire olía a algo que no era exactamente libertad pero tampoco era exactamente derrota, Jeremiah Prentis Cott terminó de tamborilear, dejó las manos quietas sobre la superficie lisa, y escuchó el silencio que siguió con la misma atención con que había escuchado siempre las cosas que no hacen ruido.